

JUAN MAS Y PI

Almafuerte

EDITOR
MARTIN GARCIA

1907

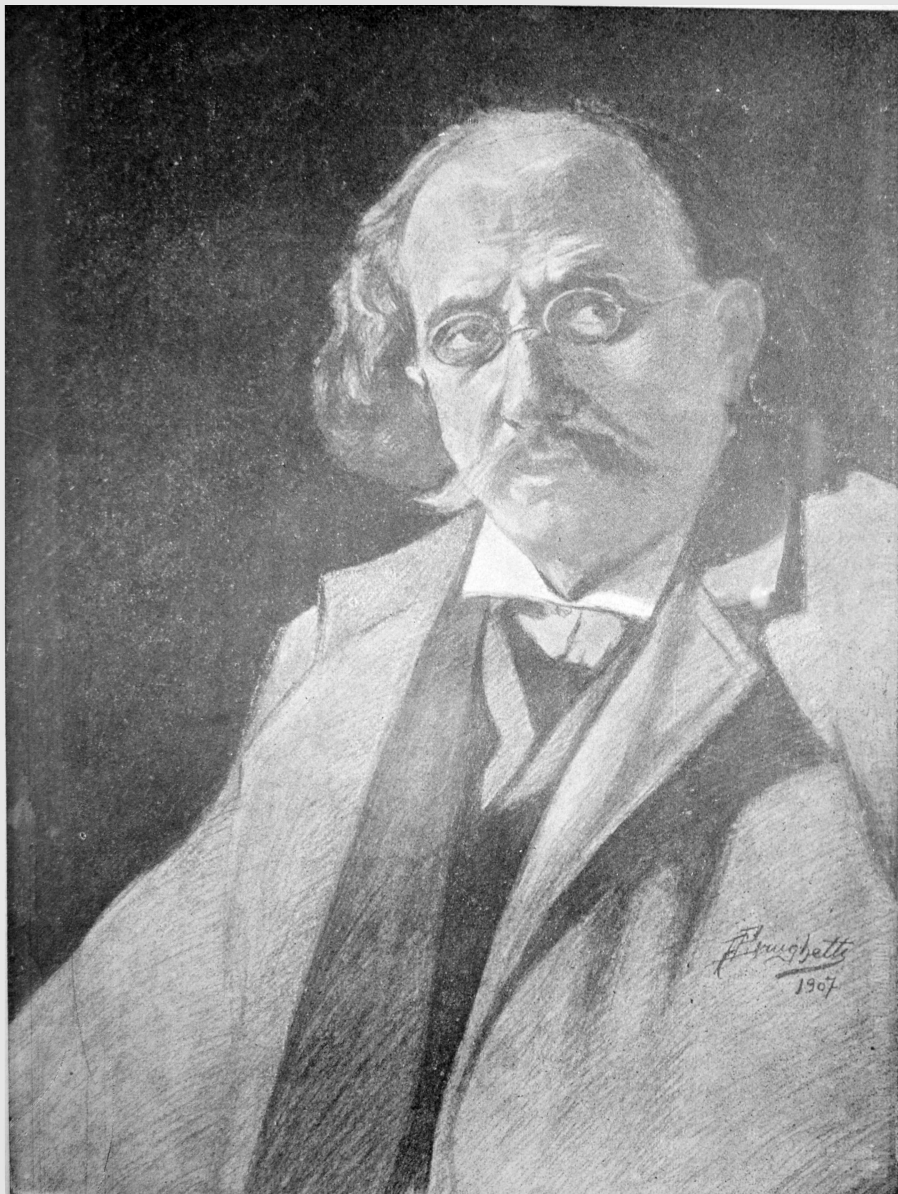
178-4 13

Arr. 178
4-13

A Rafael Alberto Arrieta,
con el afecto de siempre,
of.

From Mary K.

ALMAFUERTE





BIBLIOTECA
RAFAEL ALBERTO ARRIETA



JUAN MAS Y PI

ALMAFUERTE



MARTÍN GARCÍA

EDITOR

Rivadavia 581 - Bs. Aires ↯ 7 esquina 56 - La Plata

1907

A JUAN MAS Y PI, EN EL
FONDO DEL MAR

Era tu vida tal, tan sin pecado,
Tan bellamente bondadoso fuiste,
Que en el seno del mar, donde moriste
Sabe Dios cuantas perlas han brotado.

Y ese mar, amarguísimo y malvado
Que te vió perecer...., y tú no viste.....
Avergonzado de sí mismo y triste
Nunca más será pérfido y salado.

En el crestón de peñas submarinas,
En que chocó tu frente soberana,
Un faro se alzará de luz arcana
Como una encarnación de tus doctrinas:

¡El mostrará las rutas argentinas
A la esperanza humana!

ALMAFUERTE

Marzo de 1916.



—¿Almafuerte?

Y aquellos á quienes preguntaba por el cantor de *Jesús*, por el que poco antes había conmovido á toda una generación con la dolorosa elegía del *Misionero*, arqueaban las cejas en un extraño visaje, como si les hablara de visitar el mónstruo Fafner en su cueva. Y cuando ratificaba mi deseo, insistiendo en saber á donde debía dirigirme, levantaban el brazo en un gesto vago, indicando lo infinito, lo desconocido, y decían:

—Por allá... Por Tolosa, siempre... En su covacha...

Había algo de cruel en ese gesto de un pueblo que albergando al más grande de sus poetas simulaba ignorarlo, queriendo engañar al que desde lejos venía, como atraído por misterioso poder, hacia el pensador que tantas veces y tan hondo había hecho vibrar en él magnas tempestades de sentimiento.

La Plata, que olvidaba el camino de la "covacha", pretendía que los demás lo ignorasen. ¿Sería verdad, pues, aquella leyenda de ogro formada alrededor del

cantor de la chusma? ¿Sería verdad aquella leyenda de brusquedades carduccianas, de hirientes frases, de malhumores terribles, cayendo como golpes de maza sobre la frente del importunio? Por fin, alguien me dijo:

—Venga usted... Yo le llevaré á la casa del Maestro.

... Y fué en una tarde de invierno, fría, desapacible. Una de esas tardes de invierno que más tristes y dolorosas parecen, en la desolación de una ciudad inconclusa, de una gran capital fracasada, como La Plata. Calles amplias, bordeadas de árboles desnudos, con grandes huecos de edificación, solares vastos que se iban ensanchando á medida que avanzábamos por el suburbio desierto, silencioso, triste como un pueblo de campo, Había llovido pocas horas antes; grandes charcos de agua en el desigual empedrado, reflejaban tropeles de nubes corriendo por el cielo, cubriendo el sol, dejándolo brillar de nuevo. En un amplio terreno abandonado, un gran charco, brillando y apagándose bajo el intermitente reflejo, parecía pestañear, como si guiñara maliciosamente, riendo de nuestro apresuramiento.

Mientras caminábamos, golpeados de frente por una brisa fría, glacial, cortante, mi compañero hablaba. . .

Y la vida del poeta pasaba, rápida, febril, como en un cinematógrafo mudo, ante mis ojos. Era una vida, completa vida de amor, de sentimiento, de nobleza, que no comprendían los bárbaros, los crueles, los indiferentes de la ciudad cercana. Era una vida, recta dentro de su tortuosidad superficialmente inexplicable, en marcha hacia la realización de un grande ensueño de amor y fraternidad, combatiendo el mal.

¿Este es odio, mentira, miseria? Pues, contra esa miseria, ese odio y esa mentira debe de ir la obra del hombre verdadero. Solamente los relativos, los inútiles, pueden detenerse en consideraciones sobre los peligros de la marcha. Los obstáculos no se deben de contar. . . Pero, los hombres los cuentan; los hombres miden y calculan el posible resultado inmediato de sus acciones, evitando perjudiciales errores.

El poeta no calcula, no piensa, no mide. *¿Esto es verdad?* pues *esto* debe de ser dicho. *¿Hay peligro?* "La verdad es más llamativa cuando corre más peligro". La vulgar imposición, temor del cobarde, no alcanza con su brazo á la región del pensamiento. El odio es ignorancia, la miseria es inconsciencia. Enseñar es aliviar. El que sabe y comprende hállase á cubierto de males: pero el que comprendiendo y sabiendo los padece por asimilación apostólica es un héroe. Ese heroísmo, empero, es locura dentro del equilibrio anormal de la sociedad contemporánea. Por eso el poeta es "el loco" para los hijos degenerados de los imbéciles que veían en Jesús "el bandido." Ese heroísmo nervioso, desequilibrado en el raquítico medio ambiente donde todo lo grande es anormal, es el de Almafuerde: gesto ámplio en los brazos abiertos para recibir al desgraciado y al miserable; ímpetu de león, irguiéndole, vibrátil, caliginoso, ante una miseria relatada; arrojamiento de adversario valioso que baja, fuerte de sí mismo, á rogar al poderoso á quien combate, en beneficio ajeno... Heroísmo que va á la abnegación, lindante con la superficialidad ridícula; que llega á lo más alto del sacrificio, en un desesperado abandono de sí mismo, en una anulación del propio sér, en una superabundancia de amor, como

el de quien habiendo nacido "para ser madre", se dá, enteramente, totalmente, en un olvido glorificador de la miseria propia...

A la evocación de mi compañero pasaban por mi memoria, vibrantes, fulgurantes, aquellos hechos de la vida del poeta, que corrían de boca en boca, diciendo de una firme voluntad, de una fé inquebrantable. No había sido siempre la "covacha" del suburbio, olvidada; pero, este abandono, volvía siempre, á grandes espacios, como ritornelo forzado, marcando la marcha progresiva, ascencional, de aquel espíritu único. Lo demás, todo lo demás, era accidental, fugitivo, vano. El salón donde se tejen los perfumados triunfos mundanos; el pasillo del palacio legislativo, el despacho ministerial, donde se trepa y se asciende en el dominio de los hombres; el prosceñio deslumbrante, donde se conquista el corazón y el sentimiento de los auditorios; todo eso, es lo accidental, lo inútil, lo pasajero, dentro de la vida genial de los héroes del amor humano. Lo esencial es la escuela primitiva, en pleno campo; la dura lucha con el ambiente salvaje; la obstinada labor, casi manual, de sembrar abecedario en los cerebros incultos, más vírgenes que la dura tierra nunca herida por la reja; lo indispensable es la permanente lucha en el suburbio, frente á frente de las pasiones malsanas que irrumpen como vahos fétidos de una falseada civilización; es la inmensa gesta de un ejemplo noble, de una vida intachable, de un sacrificio prolongado hasta la propia aniquilación cerebral.

Brazos abiertos, grandes brazos abiertos para toda la miseria humana... "Hermano lobo", decía el de Asís; "hermano hombre", ha querido decir éste, no me-

nos grande. Y si el hombre, más cruel que el lobo del seráfico panteista, ha llegado á veces á arrojar sus escupitajos de sombra sobre la frente del hombre, no ha podido, nunca, nunca, enlodar su corazón... Job se lamenta, Cristo lanza un grito de desesperación y perdona; nuestro Misionero, nuestro Poeta, que comprende, y por comprender duda, no hace más que entregarse, darse todo, en su vida de apostolismo excepcional.

Idiosincrasia tan desequilibrada en nuestro mundo requiere su ambiente propio, su marco de sombra donde pueda su luz brillar más esplendorosa. ¿Qué hacer en el ambiente falso, hipócrita, de virtud melíflua, de vicio cobarde, de ambición rastrera, de odio afeminado, de utilitarismo calculador, de mal temeroso y grotesco?

¿Qué hacer en este mundo, falso, pequeño, aniquilador? Por esto los grandes sacrificios requieren calvarios, no salones; tristes, desolados suburbios de miseria y de ignorancia, no los barrios de la aristocrática plebe, con rumor de sedas y deslumbramientos de pederías.

Y el suburbio es la llaga, pero es la llaga serenamente abierta, más fácil de curar. El impulsivo pasional tiene regeneración posible, no el degenerado calculador, frío matemático del delito. De ahí que al suburbio vayan los grandes, los nobles, los heroicos, llevados por su apostolismo generoso, cristiano...

Tales almas no pueden vivir la vida falsa de nuestro ambiente; la lucha permanente los endurece y á ellos no resisten nuestros vidriosos convencionalismos. Y esto es abandono, es olvido...

...Mi amigo se detuvo y con un gesto brusco del brazo nervioso mostrome el desierto, silencioso arra-

bal. La penetrante y aguda brisa había cesado; en torno de nosotros todo era calma, como si de repente se hubiera hecho el vacío. El sol, detrás de una gran nube gris caía en occidente. La ceniza del crepúsculo pesaba en los corazones; y el brazo de mi amigo trazaba lento surco en el aire, mostrando una vasta esplanada, dos ó tres calles, abiertas á lo lejos, un grupo de casas, blancas, en la tarde oscura, claras, sobre el espacio gris... Reanudamos la marcha.

...La enemistad de unos, la malquerencia de otros, la desconfianza de los más, hace cada día más alta y fuerte la muralla de aislamiento del apóstol. Aquí, en este ambiente primitivo, late la sinceridad que es la base del heroísmo. Sólo así puede realizarse la transubstanciación del espíritu del genio á la masa dolorosa del miserable sollozante.

¿Sabe de esta química de las almas el mundo? ¿Es el abrazo dado al leproso, es el beso al criminal, es el cariño á lo más bajo?... ¡No, no sabe el mundo de nada que sea ruda pasión, impetuosidad brava, sentimiento puro! Y Almafuerte es el sacrificio loco, irreflexivo, espontáneo.

Es el heroísmo único, excepcional, sobrepuesto á la pequeñez de la imitación, fuerte en su originalidad de inimitable. Es el maestro sin discípulos; el poeta cuya valía no está en la mecánica del ritmo ni en la gramaticalería de la rima, sino en la idea hecha carne, y aplicada, acción antes de verbo, como el rayo es luz antes que sonido, antes que la grotesca resonancia del trueno, espanto de cobardes "¡Maestro!". llamóle cierto día un joven poeta. ¿Maestro? y el joven sufrió más tarde la prueba, la clásica prueba del patio de la casa de Pilatos... No, no es fácil ser discípulo de un

apóstol en acción, que al mismo mal defiende, viendo en el mal la inconsciencia, la imposible regeneración. El místico compadecía al demonio porque no sabía amar... Almafuerte llora por el que llorar no sabe; sufre por el que no se redimirá; padece todo el dolor de las almas que no son y que por no ser no tienen la conciencia del abismo inmenso que las acecha. Amar al mal redimible, puede hacerlo cualquiera; amar al irre-dimible, *amarlo por amor*, es obra de santo...

¡Maestro! No es fácil ser discípulo de tal maestro, que pone la poesía en parábolas en acción, que dá lo supérfluo y lo necesario, que llora con el afligido, y que, también, fuerte y duro hasta la crueldad, somételo todo á la implacable gimnasia de su visualidad, de su manera de ver las cosas, con un amor tan grande á todo que á veces toca al odio y á la muerte...

Solo, único, exclusivo; tiene que pasar, como el sol, engegucciendo...

Nos detuvimos de nuevo. La noche había cerrado, rápida, después del corto crepúsculo de invierno. De nuevo un aire frío, glacial, pasaba con un suave siseo. Ante nosotros abríase el paso á nivel de una vía férrea. Del otro lado una pequeña casa con una ventana iluminada; mi amigo hizo un pequeño gesto indicándola á mi atención.

Yo volví la mirada por todo lo que me rodeaba, queriendo grabar en mi espíritu aquel fugaz momento de mi vida. La noche era oscura, sin estrellas; el hondo silencio persistía; en la vía férrea, lejos, brillaba una luz verde, más lejos y más altas tres luces rojas...

Delante de mí la ventana iluminada de la casa del Poeta...

Cuando entré y unos brazos vigorosos me estrecha-

ron, sentí que algo temblaba en mis párpados, humedeciéndolos...

Eso era en una noche de invierno fría y desapacible.



Surgido á la lucha activa en una época de transición; cuando el país, después de la desorganización que sucedió al derrumbamiento de la tiranía, aquietaba sus mareas para consolidarse y afirmarse en la paz; cuando arribaban los primeros inmigrantes en su carácter de tales, iniciando la caudalosa corriente de hoy; cuando Mitre, Sarmiento, Avellaneda y Alsina, cuatro puntos cardinales de la acción nacional, desarrollaban el máximo de su actividad sin ejemplo; surgido en esa época constructiva, el temperamento juvenil de Almafuerte debía tender á la gallarda imitación de tanta grandeza, arrebatado como en un torbellino ideal, llevando el modesto grano que podía ser ópima cosecha más tarde.

Siendo los hombres un producto del medio en que viven, es natural que, vibrante de entusiasmo y de fé en aquellos días de cálido arrebato, como bien lo ha explicado José María Niño en un artículo (1) lleno de bonhomía y de suave añoranza, nuestro poeta se sintiera arrastrado en un impulso maravilloso hacia la consagración de todas las nobles ideas que vibraban en las arengas de Mitre, en los discursos de Alsina, en los escritos de Sarmiento, en los decretos de Avellaneda. La época producía entusiasmos y mantenía la fé; la juventud tomaba parte en las electorales con-

(1) *La Reforma*, La Plata, Enero 1º de 1907.

tiendas, exponiendo á veces la vida por una abstracción irrefutable, llevada en ese mismo arrebató que mantenía en permanente lucha á los principales prohombres de aquel tiempo, luchando, no por el poder en sí, sino por la afirmación de una idea en cada uno representada.

Citando el momento político no quiero hacer más que ayudar á comprender el ambiente en que el poeta balbuceó su primeros cantos, es decir, el medio que influyó sobre sus primeras cerebraciones, grabándolas indeleblemente con toda la fuerza de los primeros hechos acometidos. En Almafuerite se hace necesario recordar sus primeros días de lucha y el ambiente en que se desarrollaron, para mejor comprensión de las ideas que durante su vida toda habían de guiarle y conducirle como por un invisible hilo de Ariadna.

Basta recordar las proeminentes figuras de aquellos tiempos: Mitre, Sarmiento, Alsina, Avellaneda, para comprender la honda sinceridad de su expresion y la alta nobleza de su pensamiento cuando se refiere en sus discursos á la raza americana, como á una raza suprema en que todas las demás han dejado su esencia más pura, tamizada por el filtro superhumano del dolor. Y esa arrogancia, y ese ímpetu, y esa fuerza, que le llevan á hablar de la raza americana, proviene en Almafuerite de aquellos primeros dias, de aquella época de fé juvenil, en que su espíritu naturalmente grande recibía como un beso de luz la enseñanza ejemplar de los grandes directores de este pueblo en formación.

Y de este orgullo americano, de este orgullo de raza, proviene la necesidad imperiosa, tantas veces por él sentida, de hablar al pueblo con la voz troni-

tante de los augures, manteniéndole dentro del camino de gloria soñado en su juventud.

En el mundo todo se encadena, aunque invisiblemente, bajo el imperio de una fuerza que no suele ser otra cosa que la influencia del atavismo de las enseñanzas bebidas en nuestros primeros días. Así, en Almafuerte, la necesidad de decir al pueblo, siempre con aire profético, además grave y tono didáctico, proviene de aquel primer ambiente vivido con la plenitud exuberante de los primeros años, en que el hombre no calcula lo que da, ni piensa lo que asimila.

Estudiando el ambiente aquel no solamente llegaremos á comprender la necesidad de aparecer como un viejo consejero, siempre dictando la útil enseñanza, sino que, al cesar la agitación de los tiempos aquellos, con la muerte de unos y el retiro de otros de los organizadores de este pueblo, comprenderemos el impulso que llevó al poeta á desechar todos los ofrecimientos, todas las galas y todas las ambiciones, para continuar llevando á la práctica el ensueño juvenil.

Cuando Almafuerte abandona Buenos Aires para refugiarse en un pueblo de la provincia, aceptando un humilde puesto de maestro de escuela primaria, cumple con su destino de propender á la grandeza de su raza, luchando para que las generaciones que surjan de esta "última patria del dolor" sean compuestas por hombres como los que habían soñado aquellos sus maestros, aquel Sarmiento á quien siempre debía de rendir el homenaje más sincero y aquel Mitre, que él había de cantar en el más hermoso epicedio de gloria de nuestro idioma.

El ansia de glorificación de la "noble raza" llegó á cobrar en él verdaderos contornos de obsesión; pero,

como los hechos que la realidad ingrata suele poner al servicio del esforzado no corresponden jamás á los buenos deseos del mismo, de ahí que esa misma necesidad de elevación le llevara en línea recta al estudio cruel del bárbaro contraste, bajando al análisis de la implacable realidad.

Es en esta ansia inefable, mística, de la glorificación de la raza americana, que se puede ver el génesis de todas las ideas y de todos los propósitos de Almafuerte. El contraste chocante de su deseo con el ambiente adverso, donde vivían latentes el odio, la envidia y la más baja ignorancia, produjeron en él aquel hondo, formidable desprecio por todo lo que le rodeaba, aquel odio á la política rastrera y venal, aquella manía pontifical de cantar á la patria entre la crueldad de dos latigazos y que, por último, fué causa de aquella dolorosa *Sombra de la Patria*, donde se resume, concreta y sintetiza toda una época.

La Sombra de la Patria no es una simple impugnación contra un político, ni contra una política.

Es el esfuerzo desesperado de un hombre que teniendo una visión de gloria y corriendo á ella con la desesperante impulsión del amor, vése detenido en su camino por la muralla nefasta de una costumbre perversa. Se ha dicho que *La Sombra de la Patria* donde se habla del

...hediondo capote del soldado

frase en la que ha querido verse un ataque á la personalidad política del general Roca, es un libelo poético contra este hombre público. Desde nuestro punto de vista, podemos ver en ese doloroso poema que es

todo un grito de alerta, un hermoso canto de vida, un rudo, pero saludable, impulso juvenil.

Gime la patria, arrastrándose en una dolorosa impotencia de esclavizada, abandonada de Dios; pero viva, pura é intangible en la mente del poeta, quien concentra sus fuerzas todas y alza el canto soberbio de su indignación juvenaliana, llegando hasta al mismo Jehová, aunque despues, sobrecojido por el grito blasfemo, caiga en el hondo abismo de la propia negación y exclame:

¿Donde estás Jehová? Donde te ocultas,
Que así me dejas blasfemar y callas,
Mi rebelión airada no sofrenas,
Mi pequeñez pomposa no anonadas,
Mi razón deleznable no enloqueces,
Y esta lengua de arpía no me arrancas?

No es Almafuerte el poeta cuyo canto de ocasión pueda ser puesto en "música de baile", en la expresión gráfica de Unanumo y tarareado á ratos perdidos por los dilettantes de nuestra literatura. Cuando su indignación irrumpe, no conoce la trivialidad de la medida y por esto en cada una de sus indignaciones, ha dejado detrás de sí una bendita cosecha de odios, fructificadora también, en su siempre fecundo espíritu.

Sus campañas periodísticas resonantes al través de los años, han brotado, como *La sombra de la Patria*, de la dolorosa comparación de sus ideales con la realidad ofrecida por un ambiente cobarde y afeminado. No ha sido el combate interesado, contra un hombre político, la pequeñez de la vanidad ó del odio, sino la grandeza del ideal perseguido. Siempre el bien lejano, la moral desconocida, el permanente más allá,

guiaron su pluma aún en el momento álgido del encuentro, cuando el apasionamiento, como un caballo sin freno, lanzábase por los interminables senderos del personalismo.



La sombra de la Patria resumió, concretó una noble aspiración ideal de sano patriotismo, siendo, como consecuencia lógica, un grito de alarma contra la prevaricación y la venalidad triunfantes. Almafuerite hizo de sus ensueños de engrandecimiento un arma de combate y con ella se lanzó al asalto de las posiciones enemigas. Dice el poeta, mostrando la decadencia moral del momento:

Sueltos ván sus cabellos: en guedejas
 Por su busto de mármol se derraman
 Como velo de angustias, ó sombría
 Melena de león. Siniestra, pálida,
 Desencajado el rostro. La derrota
 No tiene la pupila más opaca,
 Ni la faz de Jesús, al beso infame,
 Se contrajo más rígida. Adelanta
 Con medroso ademán. . .

Yo la siento cruzar sobre mis ojos
 Y es un cadáver sideral que pasa,
 Dejando en pos de su fulgor la sombra;
 Pues en pos del fulgor reina la nada!
 Yo la siento cruzar sobre mis ojos,
 Y la pupila tras de sí me arranca,
 Cual si su imagen desgredada y torva,
 En vez de una visión, fuese una garra!
 Yo la siento cruzar sobre mis ojos,

Cual tumultuosa procesión fantástica.
De biblias del deber, que ya no enseñan,
De apóstoles del bien, que ya no hablan,
De laureles de honor, que ya no honran,
De inspirados de Dios, que ya no cantan!
De púdicas estolas que envilecen,
De patenas limpísimas que manchan,
De eucarísticos panes que envenenan,
De banderas gloriosas que se arrastran!
Yo la siento cruzar. . . . ¡Seres felices
Que carecéis de luz en la mirada!
Ah! Yo no puedo soportar la mía,
Bajo la sombra horrible de mi patria! . . .

La época era de decadencia; un viento de desesperación soplaba sobre el alma argentina, como si quisiera destrozarse la risueña esperanza de un grandioso porvenir. A los hombres-faros, guías y pastores, habían sucedido los absorbentes, los disolventes, los que en la posición oficial no veían más que la satisfacción de apetitos miserables. El ensueño de una gran raza americana, soñada por Sarmiento, por Mitre, por Alsina, por Avellaneda, se disipaba como el espejismo forjado por una mente calenturienta. Esta grande y última "patria del dolor" pasaba á ser la "patria de los apetitos." Ya no se era americano, para trazar rumbos á la humanidad dolorida, sino para explotarla en beneficio propio. La época en que *La sombra de la Patria* fué escrita, ó, mejor dicho, pensada, ó, más todavía, padecida, fué una época de rudos desastres morales en que el turbión de lo cobarde triunfaba.

El ensueño regenerador, flotó, indeciso, por mucho tiempo, sobre el espíritu de este pueblo. Tardó en concretarse; pero, al hacerlo, se hizo realidad en un gesto

magnífico y ruidoso. El ambiente de corrupción fué barrido por el viento purificador de una revolución, popular como ninguna, y el pueblo creyó, por un momento, en la virtud de las gestas políticas, en la bondad de las conmociones de comité. Fué el triunfo de la política y fué, una vez más, la derrota del viejo ideal de una gran América abierta á todos y para todos.

La sombra de la Patria, ese apóstrofe, esa arenga entusiasta á la juventud, padece de los errores que formaban el ambiente de aquellos momentos. El pueblo no respondió al conjuro regenerador, porque sus grandes y nobles esperanzas fueron defraudadas y la decadencia moral continuó, perpetuada por los mismos hombres, que, después del sacudimiento revolucionario, prosiguieron usufructuando de las posiciones del poder y del mando.

El pueblo que dió su sangre, que se sacrificó voluntaria y heroicamente, en un gesto desesperado y absoluto, adquirió de pronto la clarividencia del engaño de que venía siendo víctima y abandonó el campo de la lucha civil. Después de 1890 y de 1893, la decadencia política fué un hecho; el combate, noble en el fondo, de los ideales políticos, fué sustituido por el fraude electoral, por la venta del voto, por la más descarada tergiversación de todo derecho ciudadano.

Es que al espíritu del pueblo había llegado el convencimiento de la inutilidad del sacrificio, cuando al frente suyo, y guiándole, no existen hombres como aquellos que veinte años antes encarnaban propósitos desinteresados y nobilísimos.

El poeta, entretanto, que, después de haber intentado el despertamiento del alma nacional con su vibrante arenga, veíase vencido, prosiguió adelante con

su empeño de libertad y de dignificación. Fracasaba todo, se hundía todo; pero quedaba la esencia de todo, la masa de que se forjan todas las grandezas. Quedaba el pueblo, la chusma, la canalla, la Inmortal!



El estudio crítico de Almafuerte presenta dificultades insuperables si se quiere proceder de acuerdo con la técnica rigurosa de la costumbre. La obra del poeta es grande; pero, tanto cuanto grande, diseminada por innumerable cantidad de periódicos y revistas, y solo un pequeño grupo de poesías hállase coleccionado en volúmen bajo el título genérico de *Lamentaciones*.

No se le puede estudiar, por lo tanto, siguiendo su producción constante y segura; pues, además de la diseminación, tiene contra sí la peculiaridad de que en cada reproducción de que sus producciones han sido objeto, pasaron por el trabajo paciente de una lenta depuración, modificando á veces, no unas pocas palabras sino grandes partes, aumentando y suprimiendo otras, hasta llegar á transformar casi por completo su primitivo aspecto. Por esta condición especialmente suya y que no se recuerda de ningún otro escritor, Almafuerte presenta sus obras todas en una permanente unidad, lo que las dá un caracter de actualidad espiritual, si la expresión es permitida. El autor de *Jesús* no incurre en el menosprecio de la obra pasada, como suelen hacer muchos de nuestros artistas. Tiene Almafuerte la opinión de que nada de lo que se escribe debe de ser perdido, puesto que si el autor conserva sus facultades, puede, por la corrección, llegar apro-

ximadamente á la forma perfecta, ó la que él crea tal.

Otras veces no se trata de esos leves detalles de técnica, que suelen bastar para que una obra acreciente ó disminuya su mérito; á veces suele acontecer que la idea primitiva adquiere un desarrollo mayor, más completo, y que, por no volver atrás, el artista deja perder todo el caudal de ideas complementarias, perjudicando el valor de la obra. En este caso Almafuerte comienza de nuevo, amplía, comenta, detalla, modifica si tanto es menester, llevado siempre por ese buen deseo de que sus obras vayan á colocarse, lo más cerca posible, de esa perfección que es el ensueño ideal de todos los artistas.

No se debe de creer, en esa obsesión del poeta de modificar su obra, más de lo que es en verdad. No se trata de inconsecuencia de ideas, ni de debilidad mental, porque, al fin de cuentas, el desprecio por la obra hecha, y hasta el olvido, es peculiar á los grandes amorosos del arte, iluminados de un ideal perfecto que solo llegan á concebir en sus divagaciones mentales; pero á que no alcanzan á dar forma concreta en su ejecución material.

La gran sinceridad puesta por Almafuerte al servicio del apostolado poético—tal como él lo entiende,—no le permite dejar tras de sí una obra que á su espíritu desagrade, y eso es siempre un grande y elocuente detalle en pró de su honestidad intelectual.

Esa manera de proceder, naturalmente, no deja de ser en parte perjudicial, por cuanto influencias del momento, privadas ó no, pueden llevarle á considerar injustamente lo que fué espontáneo y sincero en su momento oportuno, haciéndole modificar el pensamiento inicial y llevándole á unificar las producciones que,

por ser de épocas diferentes, debieran de mostrar también diferencias de ejecución y pensamiento.

Para ver en la obra de Almafuerite lo que el crítico desea ver y comentar, explicándolo á sus lectores, hácese necesario, pues, seguir rumbos completamente opuestos, abandonar el principio generalmente seguido de estudiar las obras publicadas en el orden riguroso de su ejecución, para ver, más que á ellas mismas, la evolución de las ideas madres que han impreso rumbo definitivo á la vida del poeta.

Citando más arriba el entusiasmo genuino de Almafuerite por la raza americana, he querido marcar el punto inicial que ha constituido el "leit-motif" de su vida, es decir, el obligado ritornelo que á grandes y reposados intervalos ha venido, rompiendo la monotonía de una existencia de privación y ascetismo, dirigiendo la espiritualidad de una grande y hermosa obra.

Debemos partir de esa idea de engrandecimiento americano, tal como lo entendieron siempre sus primeros maestros, para llegar á un concepto cabal de toda la evolución poética de Almafuerite; para resumir en breves palabras la serie de emociones y sensaciones de un gran espíritu, en esa dolorosa y permanente lucha de investigación sobre el problema de la felicidad.

La misma teoría del engrandecimiento americano, es en Almafuerite una teoría de humanidad. No es el orgullo sajón, exhibiéndose en demostraciones de un necio egoísmo exclusivista sobre los demás pueblos de la tierra. Cuando Almafuerite habla de esta "última patria del dolor" vé en el continente americano la grandiosa Canaán de los eternos ensueños prole-

tarios, previendo el día en que la marcha de la civilización acompañando al sol pueble las desiertas llanuras y fertilice la pampa estéril. Es un llamamiento á los brazos trabajadores, ofreciéndoles esta tierra como una recompensa presente, como un estímulo para la obra de preparar el advenimiento de lo que vendrá. Por esto el americanismo de Almafuerte, base atávica de su educación juvenil, repercute y vibra en su obra posterior hasta hoy, como esos motivos que el maestro de la música moderna ponía en cada una de sus partituras, dando el tono y la medida del conjunto.

Ya que no en su obra publicada, tantas veces modificada, y con harta frecuencia envuelta en olvido, debemos buscar en la sucesión de sus producciones la permanencia de ese motivo de humanidad, anotando su transformación, acompañando su evolución, hasta ver la forma característicamente definitiva con que pueda presentarse y perdurar en lo futuro.

La no publicación de sus obras en volúmenes definitivos y la misma falta de materiales, dada la difusión de las inserciones, obliga á sentar preconcebidamente puntos de reposo en el largo camino, notando entre aquellas de sus obras las que más hondamente muestren una mudanza ó señalen un punto más adelantado en su evolución espiritual.

Ya del pleno período ensoñativo y americanizante, pudiéramos decirlo así, brota ese canto á la patria vilipendiada en manos de los malos patriotas.

Irrumpe *La sombra de la Patria* como un canto de desesperación ante la horrenda injusticia cometida. Es el esfuerzo formidable por la redención; es el llamamiento á las decaídas energías cívicas, proclaman-

do la necesidad del esfuerzo en las nuevas generaciones, para salvación de la colectividad.

El viejo ensueño de una patria grande, rica, feliz, abierta á todos, se modifica con este canto para ceder lugar á otra concepción de humanidad, más amplia y más digna. Y el mismo poeta, rompiendo con su ideal político, retírase á la soledad de surin-con abandonado. Ha muerto la esperanza, que es amor á lo futuro cercano; pero no ha muerto la fé, que es amor á lo eterno, á lo más lejano, ni ha muerto la caridad, que es el gesto de confraternización con lo presente.

El ideal de buscar una tierra de promisión, donde el dolor humano se extinga, recuperando allí las perdidas fuerzas, persiste; pero, ya no lo cifra el poeta en la acción de unos cuantos hombres sobre el ambiente en favor de la colectividad. Es á esta misma á quien confía el generoso empeño, comenzando por estudiarla, por analizarla, ahondando en su espíritu y modelando á semejanza suya la cohorte nobilísima de los luchadores.

En este denodado empeño Almafuerte pone todo su corazón generoso, toda su alma de madre, capaz de sacrificio. Cantar á la chusma no es empresa fácil; hay que ir á ella, y de ese abismo de dolor y de miseria hay quien sale maculado de sus máculas, vicioso de sus vicios, dolorido de sus dolores, porque la obra apostólica no es un diletantismo accesible al snob como cualquier moda de boulevard y solamente los grandes predestinados de la obra redentora pueden ir hasta ella, manteniendo su personalidad, que ha de ser directriz y norma de los más.

En este punto de su evolución notaremos que Al-

mafuerte emprende el camino "interior", ese camino espiritual que solo podría definir perfectamente el gran mágico de lo desconocido—Mauricio Maeterlink.

Almafuerte sale de la agitación exterior de la política y de la patria para ir á las grandes cuestiones humanas, al parecer más exteriores; pero, en verdad, más íntimas, porque descansan en el sentimiento individualista y en ideas de confraternidad que solo pueden ser explicadas y sentidas al favor de un motivo espiritual. Así vemos que todas las ideas dissociativas de lo existente, no pasan de teorías simples, individualizadas, que, en sus elementos primarios, unen por un gran esfuerzo espiritual, todo lo que vivo, aparentemente unido, muéstrase real y verdaderamente disuelto.

Almafuerte, pues, emprende el camino que le ha de conducir, de jornada en jornada, á ese reino interior, á ese país del Yo, donde finalmente han ido á dar los constructores de todos los tiempos, por la simplificación de las fórmulas propuestas, al chocar con los obstáculos del camino.

Fracasado el ideal exclusivista de una patria, surge el ensueño de humanidad, de congregación total, para terminar en su elemento más simple, y único verdadero: el hombre.

El poeta, fracasado su empeño primero, modifícalo en un sentido más elevado y al mismo tiempo más simple. Es la confraternización de todos los hombres en todas las castas y todas las razas; pero, al mismo tiempo, es la elevación del individuo. Así, extinguido el ideal patriótico, el deseo espiritual de la felicidad humana surge como una idea asociadora, llevando á la unión de todos los individuos, aunque la

realidad obligue á la diferenciación de todos para que esos mismos individualismos se demuestren.



Extinguido el deseo patriótico, simplemente patriótico que entrañaba *La sombra de la Patria*, con todos los errores y exclusivismos de lo nacionalmente limitado por fronteras y diferenciaciones de lenguas y de razas, el alma vibrátil del poeta volvióse á las fuentes de vida, cuya linfa clara se habia negado á los perturbadores del orden, á los combatientes de la política menuda. Después del fracaso de una idea grande y generosa, después de la muerte de un ideal, de cualquiera especie que sea, el espíritu del hombre se complace en hundir en el seno tormentoso de la multitud. Es un afán inconsciente. Hay algo de material en ese gesto fácil que arroja á los hombres en brazos de la masa desconocida, como náufragos que, en el momento máximo de la desesperación, abandonaran la frágil barquilla salvadora para hundir en la tenebrosidad del oleaje.

El pensador, el hombre que, siempre, en los momentos todos de su vida, conserva la natural clarividencia indispensable para comprender la senda misteriosa por la que le llevan sus ímpetus y su atavismo, sabe bien que en ese gesto espontáneo, natural, que obliga á buscar la compañía de los más, hay algo fuertemente poderoso, algo que gravita como una ley sobre esa acción, en apariencia desordenada y llena de pánico. Es porque, al experimentar un agudo dolor, siente el hombre la necesidad de la confraternización y busca el apoyo más inmediato, el consuelo que menos gasto de energía requiere, y ese suele ser, siempre,

la gran masa anónima, la inquieta multitud, cuyo dolor inmenso no exige nunca explicaciones aclaratorias, aceptando sin vacilar el nuevo contingente ofrecido.

Al caer de sus ilusiones cívicas, el espíritu del poeta se volvió hacia la masa, en ese gesto inconsciente de todos los doloridos; pero, también, con el ansia inquieta de los pensadores, cuando hacen del propio dolor una fuente fecunda de sensaciones.

El derrumbamiento de un ideal patriótico, llevóle á buscar alivio en la multitud, quizás con el mal oculto deseo, con la no confesada esperanza, de acertar con la mágica palabra que irguiera de su andante catalepsia á un pueblo que miraba con indiferencia la muerte del viejo ideal.

En Almagro, la misma potencialidad del esfuerzo realizado en pró de la grandeza americana, llevóle á buscar el auxilio de la multitud que indiferente fué á su canto, porque no era ya, tampoco, la vieja multitud de las arengas de Mitre. La patria había sufrido radicales transformaciones; la corriente inmigratoria lanzaba cada día á estas playas centenares de hombres cuyo único ideal era el trabajo, que huían de un mundo de miseria al buscar un cielo más benigno y una tierra más fértil.

Surjió entonces aquella concepción de la "última patria del dolor", la América como resúmen y síntesis del universo, la República Argentina, privilegiada como ninguna por su extensión y su clima, abierta á todos los hombres de la tierra, ofreciendo la virginidad de sus pampas, promisoras de cosechas inmensas, capaces de saciar el hambre eterno de una humanidad eternamente hambrienta.

Y el poeta amplificó su ámbito y la resonancia de

su palabra fué mayor, extendiéndose como el verbo de un evangelio nuevo.

La multitud que venía de continentes lejanos, empujada por un ideal de felicidad material, necesitaba ser encaminada para que nuevamente no cayera, como una maldición, en la esterilidad dolorosa de los ensueños fracasados. En su alma sedienta cayó el rocío bienhechor del ensueño poético.

El ambiente libérrimo de América necesitaba de leyes nuevas y, sobre todo, de una nueva concepción de la humanidad. Era, por lo tanto, como una nueva creación lo que debían de hacer los que aquí llegarán, mezclándose y confundiéndose en el mismo impulso de amor á lo futuro, para que del barro sollozante de toda la miseria y de todo el dolor humano, para que del lodo de toda una civilización caída en lo abyecto moral, la mano genialísima de un destino superior modelara la raza nueva, la raza que completaría el ensueño de muchos hombres que vieron en esta tierra la cuna de la super-humanidad.

Con ánimo de vidente y espíritu de héroe el poeta bajó al abismo inmenso de las viejas pasiones delirantes. No vió en los hombres diferencias de razas, de religiones, de colores; uniólos en un conglomerado confuso, cuya única armonía era un vibrante alarido de dolor; formó con ellos la masa amorfa de la canalla y dió á esta el nombre que resumía y sintetizaba su pensamiento: *la inmortal*, es decir, la permanente, modelable y eterna, siempre viva, fuerza en perpétua actividad, accionando y reaccionando sobre la vida, haciendo y dirigiendo la marcha universal.

La Inmortal es el canto magno de la chusma, glorificada como una potente fuerza creadora, como

la madre del bien y del mal, haciendo abstracción de toda idea particular que no fuera la del más amplio sentimiento de confraternidad.

La honda conmoción del poeta frente á las desgracias de la vida no podía sentirse contenida por un vago aristocratismo de la inteligencia. El poeta canta á la chusma después de haber ido á ella, compenetrándose de su propia y natural manera de ser, para salir

como surgen los rudos poceros
ungidos en greda, del pozo que cavan.

Vá el poeta á lo hondo del alma popular, convive con ella, empápase de sus pasiones, delira con su atavismo mental de codiciosa, para desplomarse luego en el seno inmenso de un eterno amor que regenera y eleva.

En el estudio á que el poeta procede no hay nada de lo que constituye la tradición literaria legada por los tiempos. Hasta el metro, esa estrofa de ocho versos asonantados, decasílabos con dos versos de doce, en que estaba escrito *Jesús*, esa estrofa que es al principio ligera y suave como un volido; pero que á la postre concluye por "rallentar", haciéndose fatigosa como un organismo cansado, formando un poema que se arrastra en un alarido desesperante para eruirse por un momento y caer luego en lo aplastador de lo imprecación final; todo, en ese poema, es nuevo.

Tiene el poeta la generosa intención de cantar á la propia vida en el conjunto de la humanidad sufriente, considerando que todo lo grande, lo bello y lo puro, ha salido del fondo infecto de la chusma, de esa chus-

ma ruín que se pudre en lo desconocido, precisamente para que puedan florecer y perfumar en lo alto las gracias y los encantos de una civilización que la repudia.

Y, aún así, sabiéndola vil y cobarde, no dejará el poeta su plebe porque tiene la convicción terrible de las grandes infamias ocultas en lo que pomposamente se ha dado en llamar civilización. Se yergue entonces y proclama la horrible tragedia de la chusma, condenada á muerte moral desde su nacimiento, en un crimen permitido por un mundo imbécil que consiente en ése colosal desgaste de todo lo que constituye la gran reserva de lo porvenir.

Todas esas almas, condenadas á la horrible contingencia de lo mortal ¿cómo no han de sentirse ajenas á toda la pompa de vanidad y mentira en que se complace nuestro mundo? El gran paliativo de la caridad resulta la más trascendental de las mentiras, mentira estéril que á nadie engaña, pues solo sirve para ahondar más el inmenso abismo aislador de dos mundos.

Contra la bárbara tiranía que mantiene á la chusma como esclava de un mundo privilegiado, la fuerza bruta, única ley del hombre bestia, se impone y domina. Con ella triunfa la chusma sobre la ley escrita, opresora siempre; con ella se lanza por los campos de la humanidad, sin mirar, porque no puede mirar, en ese natural instinto libertario que la empuja á volar hacia adelante, en un ímpetu genial de salvajismo, de predominio, de dominación. Si en todas partes la chusma ha puesto su vida, ¿cómo no ha de sentirse dueña de todo? Si en todas las obras ha sido su ignorancia la que ha ideado los grandes planos que el instinto la sugería, ¿cómo no ha de pretenderse maestra?

Todo proviene de ella, y á ella vá todo, pues como dice el poeta en el más hermoso de sus cantos:

Solo fué la grandeza que gozas
 Por su fiebre de hacer consumada:
 Mis hormigas de Dios, si quisieran,
 Con finos buriles el aire grabaran!...—
 Mal oliente sudor de cuadrilla!
 Sangre vil de las hordas en armas!
 Cenagoso caudal que tú rijes...
 Lo mismo que rijen al mar sus resacas!

Si reclinas tu faz en el globo
 Como quien su pulmón auscultara,
 Cual recojen, echados en tierra,
 Los indios errantes la voz de la Pampa:—
 Sentirás el traqueo solemne
 De su heróica labor cotidiana,
 Cual si fuera timbal ese globo
 Y en él repicara la vida su marcha!

Si tu yunta pujante sujetas,
 Al plebeyo camino te bajas,
 Y un puñado de polvo recojes
 Del mismo que bate la yunta que piafa:
 Cojerás un terron del progreso
 Que sobó como al pan con sus palmas!
 Sentirás el hedor de la sangre
 Que puso diademas á todas las patrias!

Si cual un catador eminente
 Que cien ricos borgoñas compara,
 Comparando la sal de los mares,
 En todos los mares tu crátera escancias:
 Brindarás con el férvido mosto
 De la carne de chusma que tragan!
 Con el trágico nectar del simple
 Que fió de los genios que tú desamparas!

Si registras el haz del planeta,
 Si sus dos hemisferios indagas,
 Cual pudiese buscar sus cachorros
 La tigre llorosa, por cuevas y zarzas,—
 No verás un rincón del desierto
 Donde fije su pié la canalla:
 Buscarás el solar, sin hallarlo,
 De quien ese globo midió con sus plantas!

Si barrenas la costra terrestre,
 Más alla de las últimas napas;
 Cual un niño voraz, con su dedo,
 Perfora y vacía la dulce naranja,—
 Sacarás el serrín de los tristes
 Que debajo del suelo trabajan:
 Se cerró conmovida la tierra,
 Tai vez de sentirse besar las entrañas!

.....

Si la voz del silencio interrogas,
 Del febril, del genial, del que brama,
 Del que llena de sangre los cráneos,
 Tañendo sonoras campanas de plata,—
 Pasará galopando mi chusma
 Por las teclas de luz de tu alma:
 Cual si Dios, con sus manos, pulsase
 La gran sinfonia final de las causas!

Ella es la Inmortal, la que oprimen leyes, la que ciñen prejuicios, la que matan preconceptos. Y siendo así, teniendo ella sentidos y goces, teniendo un algo de humanidad tan digno y tan puro como lo más puro y lo más digno, justo es que en el pecho del miserable solo haya imprecaciones y voces de odio para renegar de quienes la desprecian.

No! No puede quedar en mi chusma,
 Nada más que la torva mirada

Con que atisban tahures venci los,
Sutiles, absurdas, quiméricas trampas!
No! No puede sentir en su pecho
Nada más que rencores de paria,
Y el horresco furor de que todo
Reviente y en finas moléculas caiga!

“¡Ella vé!” dice el poeta. Quizás no comprende todavía; pero vé... Vé el hambriento manjares de que carece, vé el olvidado goces que le faltan, y así el robo, el crimen, el odio, el mal, todos los frutos de ese injustificado alejamiento, brotan espontáneos, lógicos, precisos, de lo hondo del pecho del paria. Y viendo que hasta los mismos ensueños no pasan de lamentos del vientre, porque un mendrugo, al bajar “cien días... ¡mil días de sueños aplasta!”, irrumpe su risa bárbara, satánica, su loca, inmensa risa de Satán que sabe, que comprende, que tiene una misteriosa noción de lo justo, que tiene algo de Minerva en el cerebro y algo de Jesús en el pecho.

Al estruendo poderosamente bestial de esa risa bárbara el poeta se dirige á la Humanidad, para que no tiemble cobardemente ni se deje imponer por ella, dejándose vencer en el doloroso viaje “del vientre á las alas”, donde *todavía* es necesario ese padecer, ese lamentar, todo ese enorme é inmenso dolor de medio mundo que ha de ser un alto y gallardo pedestal á otra humanidad más noble, más pura,—humanidad completa donde el dolor no sea necesario como un acicate para avanzar.

Y frente al mundo el poeta grita:

Teme, sí, con pavor indecible,
Con el mismo pavor de la nada,

Cual si todas las furias en coro
 Gasasen mostrando sus hórridas caras,
 Cual si todos los puntos del orbe
 Le negasen apoyo á tus plantas,
 Cual si todos los astros del cielo
 Cerrasen de golpe sus ojos de llama:

Que los hombres de hoy se fatiguen
 De ser vil pedestal del mañana;
 Pedestal ignorado, pues nunca
 Sabrán de sus plintos las frías estátuas!
 Que la reina doliente que yace
 Dando á luz al futuro monarca,
 Se horrorice y renuncie saliendo
 Que a aquel miserable ni habrá de besarla!

Que la bestia sublime descubra
 Que no vá su ración en la carga;
 Que la vírgen hermética sueñe
 Y olvide sus votos de vírgen, y caiga;
 Que la mártir rechace su cáliz,
 Que renuncie su nimbo y su palma
 Cual un vil desertor... ¡cual un cristo
 Que un día dejase la cruz solitaria!

Bravo final, hermosísimo, ennoblecedor y reconfor-
 tante, tal un vino sagrado que inyectara fuerza y
 energía en los miembros debilitados, que irguiera el
 cuerpo vacilante, para imponerle la misión de lo por-
 venir, enseñándole la necesidad del sacrificio.

“¡Cual un cristo que un día dejase la cruz solitaria!”,
 es decir, que la humanidad sólo debe de temer el día en
 que el hombre se convenza de la inutilidad de todo
 esfuerzo que no sea una satisfacción material, por-
 que eso sería la vuelta al caos primitivo.

En la miseria moral de nuestros días, la ruda voz

masculina de Almafuerte es el gran tonificador de toda decadencia.



Hemos visto á Almafuerte, después del fracaso del ensueño cívico y patriótico, emprender el camino que conduce al "reino interior," donde hallan albergue las más grandes y diversas ideas, vencido de la realidad que le probaba lo inútil del afán humanitario en su viejo sentido de confusa difusión. Apagado el eco último de *La sombra de la Patria*, le hemos visto ahondar en el alma de la "chusma sagrada" para extraer la esencia divina y reconfortadora de la esperanza ó para exprimir hasta la última gota el amargo zumo del desengaño.

La chusma, no fué para él como escala de luz en los ensueños bíblicos; siniestramente abierta al paso del peregrino, mostrábasele como una senda de miseria que condujera al reino de la eterna desesperación y del dolor eterno. El golpe fué rudo; y el hombre que por un momento creía en la bondad de la canalla, glorificada por los historiadores y los filósofos sin escrúpulos, tuvo que sentirse inmediatamente lleno de aversión y de espanto por ella, si era que en verdad alentaba un espíritu noble, puro y elevado, capaz de mantener íntegra su personalidad en medio de los mayores derrumbamientos morales.

Peldaño á peldaño, Almafuerte fué bajando la escala del ensueño, ahondando cada vez más en sí mismo, como un condenado á la última pena que á cada paso hacia el patíbulo se sintiese más aislado, más dentro de sí mismo. La conquista de la personalidad no es tarea

fácil ni susceptible de ser alcanzada por cualquiera; hay que romper todo vínculo, rasgar todo lazo moral, aniquilar para siempre todo lo que fué caro al espíritu para aislarse más cada día, contra todo y contra todos.

La canalla, la multitud, la "envenenadora de fuentes", dá los grandes golpes decisivos que solo los predestinados comprenden y aceptan. ¿Tal poeta, tal escritor, tal crítico fracasan, imposibles de luchar con el ambiente en que viven? Pues se amoldan á las exigencias de los más, y su espíritu claudica, vencido, muerto para siempre.

¿Quiénes reivindican el poder supremo de la personalidad propia? Los genios, que suelen ser los malaventurados, víctimas de la organización social.

Almafuerte tuvo el gran gesto; la canalla le negó, la chusma le escarneció, y él, en vez de doblegarse, de rendirse á la brutal realidad, irguió su voz para cantar el verbo desesperado del hombre que se siente sólo en medio de una horda enemiga.

Peró, aún en esa misma elevación moral, es necesario que la evolución se produzca, por cuanto es imposible que una sola vez se dé un salto en la inevitable sucesión de los hechos. Para que Almafuerte fuera, de la chusma á su reino interior, era necesario que pasara por la multitud en su grado mínimo, por el yo en su grado máximo, porque el individualismo exaltado de la personalidad propia no se concibe si antes no se ha pasado por el individualismo suave. Así, haciéndonos negar la multitud, permítenos aceptar al hombre, considerado como unidad aislada, como prójimo y semejante nuestro, que, lejos del ambiente aplastador del rebaño, suele ser capaz, toda-

vía, de impulsos nobles, de ideas grandes, de sentimientos generosos.

Y Almafuerte habló al hombre bajo el sayal del *Misionero*....

Para expresar detenidamente sincera opinión leal sobre este poema contradictorio; pero, transparente y cristalino como un gran dolor, sería necesario estudiar con gran detenimiento el alma de lo contemporáneo, que el poeta analiza, desmenuza, disgrega, en el raudal de poesía más hermoso y sonoro que en nuestra lengua se conoce.

Contradictorio, vago, incoherente quizás, producto de un arrebato de inconsciencia febril más que de la coordinada meditación, tan agradable á la recua de sensatos que forman las "compactas mayorías"; pero, indudablemente, indiscutiblemente, la más audaz y la más penetrante de las obras que registra la literatura de nuestro tiempo.

Todos los maestros, aún aquellos más sinceros, no han tenido nunca la suprema virtud de confesarse en el pleno delirio de la inconciencia genial; todos ellos han esperado la calma razonadora para medir y calcular las palabras que más tarde han de ser dichas. Almafuerte en este caso ha sido más verídico, porque no ha ceñido su pensamiento ni á la propia tiranía de su renombre. ¿Quién, en un momento de exaltación y arrebato no ha tenido un gran gesto de renuncia de lo más caro? Pero, aún siendo propio al espíritu humano ese modo de proceder, nadie, nunca, tuvo la energía suficiente para hacerlo publicamente.

He ahí, pues, el gran mérito que se debe de reconocer en esa larga y formidable parábola del *Mi-*

sionero y que habiendo sido para los timoratos y cobardes el gran defecto, no puede menos de ser una hermosa y honrosa cualidad para los hombres verdaderos, para los seres individualizados, para los que ya han comprado el derecho extremo de intentar la última acción libertaria.

El Misionero es el propio poeta y esa postración en que se deja caer sobre una piedra del camino, después de haber corrido "tras ilusiones eminentes" por todo el universo, es bien esa postración natural del hombre que ha luchado para fracasar, para caer en la inmensa soledad de los grandes desiertos de la civilización, donde el egoísmo aísla á todos del miserable que solloza ó que se lamenta.

Cuando el Misionero cae, mostrando en su aspecto misérrimo la "bondad" irrisoria de una justicia suprema, habla á su jauría, ese grupo de canes hambrientos, iluminados de un ideal que en el fraile sollozante ven, quizá sin lograr definírsele, unidos á él por la bárbara fraternidad del dolor que hace humanos á los animales, espiritualizándolos en su trágica mudez y bestializa á los hombres cuando irrumpen en lamentaciones, discordantes como aullidos.

La jauría de miseria y de ensueño no abandona nunca á los grandes genios; ella es el último lazo que les prende á la humanidad cuando llega el momento de la confesión á sí mismos, cuando se habla "á todos, porque se habla solo". La jauría es el último eslabón de la ya rota cadena y ante ella se habla, último auditorio, que tampoco comprende, pero que tiene por lo menos la inestimable cualidad de oír con espanto supremo las grandes verdades. Luego, atraído por la recia voz tronitante, se irá for-

mando vasto concurso, y el Misionero hablará á todos, más la curiosidad no engendrará la fraternización, y, á la postre, el hombre, desgarrado en sus más ocultas entrañas, quedará, sobre la dura piedra de la vía, crecida monstruosamente—Caucaso de Prometeos, Calvario de Cristos,—en ese gesto de soledad, incontinuo, como la idea que se vá del cerebro....

Pero, antes del rompimiento fatal, inexorable; antes del abandono trágico, ¿qué dice el Misionero? Su palabra es la palabra profética de Ezequiel, verbo de Isaias, desequilibrio mental de Juan cuando traza los cuadros desesperados del Apocalipsis. Resumen de todo el dolor humano acumulado en el espíritu de un vidente, ese poema es la más dolorosa relación de la epopeya de sangre y de llanto. Es la crueldad implacable del convencimiento real, opuesto al ensañamiento de un humanismo que solo sirve para incubar impotentes y degenerados. Es la dureza impuesta como ley, para triunfar sobre la seducción nefanda de la compasión, esa virtud inventada por los débiles para roer y vencer la fortaleza del sano triunfante, y al mismo tiempo es la honda amargura por el mal universalizado, por el hombre, inocente al fin, de una culpa que paga sin comprender y que por lo tanto es monstruosamente inícuo.

Y en este momento, el Misionero levántase sobre la miseria ambiente para gritar: *¡Soy lo que ya no es!*

¡Lo que ya no es, lo que fué, lo que por lo tanto tal vez pueda ser nuevamente en esa "eterna vuelta," de lo vivo! La caridad que en el pecho del hombre surge como una floración de luz, no puede ser obstáculo para detener al hombre en su camino. La caridad, que

es, en último resultado, una egoísta manifestación conservadora, no debe de ser obstáculo, porque todo lo que existe vibra como en una gran conmoción simpática, hacia lo más lejano, y no es justo que lo porvenir quede impregnado de los males de hoy por nuestro afán de perpetuar lo enfermizo, lo triste, lo doliente, en esta defensa caritativa. Caiga lo que caiga, el mal es mal, lo podrido no tiene curación posible, y en este afán de los mundos, aparentemente sin rumbo, debe de haber un fin, un propósito, un punto de cita. La caridad, en este caso, puede ser contraproducente para el futuro destino de la humanidad. Ser feliz es no ser. Si el cuadamano hubiese sido perfecto y feliz como el hombre se supone, la evolución de la especie hubiérase detenido; no se detuvo, porque la felicidad total no existía; evitemos la felicidad esa requerida por los impotentes que son todos los conservadores, y avancemos hacia el más allá que apenas puede adivinar el poeta:

El que vendrá después, el prometido
Sólo será un cerebro con dos alas.

¿Pensar y volar? ¿Por qué no? La función crea el órgano; cesando la función el órgano se atrofia y desaparece. El ensueño de hoy se llama ciencia y la ciencia, que suprimirá las tareas de la alimentación y de la reproducción al prolongar la vida por medios naturales que hoy no adivinamos, creará una nueva raza! ... ¿Ensueño? químera? locura? ¡Quién sabe! ..

Cual un Moisés altísimo y tonante
Destacado en la luz del horizonte

Parecía que hablase desde un monte,
Trágico de razón, el mendicante.

Ya el corazón del poeta estalla al volver á la realidad, para referir cómo su inmenso amor fué de desquicio para si mismo. Quiso cargar la cruz y cayó aplastado; quiso ser el grande, el fuerte, el único, y la miseria le redujo á la promiscuación con la odiosa y pestilente canalla, manteniéndole preso á la dura imposibilidad de la rebeldía estéril. Y aunque en el mundo todo sea indeciso, vago, imposible y todo ensueño sea destrozado por las brutales patas de la bestia real y de todo dolor surja una gloria, lo cierto es que el más hondo, el más agudo dolor le postra en el desierto inmenso del abandono, en la estepa "donde la sombra de sí mismo falta" El soñador reconoce su falta de acción, y aunque soñar es ya una virtud, no quiere que se le perdone por ello: perdonar es una infamia, perdonar es ofender á Dios. Y entonces vuélvese contra el primero que mojó en llanto su pecho, inyectándole ese loco deseo de regeneración universal, porque aún en ese momento, cumplirá su destino hasta el fin.

Y se vuelve, entonces, contra los hombres, para maldecirlos y bendecirlos, en el canto más bello, más doloroso del arte moderno, ofreciéndose y negándose á un tiempo; andrajo miserable que todavía es púrpura de rey, fuerte en el dolor, noble en la desgracia, amando al hombre, al individuo, al ser aislado en el que todavía vé un átomo de posible redención.

Y el largo, enorme, inconmensurable canto de dolor termina en una imprecación majestuosa. El poeta dice su secreto: todo ese afán, todo ese amor fué una

lucha con Dios que moldea al hombre. Pero este, "pulpa sin gratitud" no lo sabrá nunca. Y el Silencio se hace en la reticencia mortal de una idea

Que se vá del cerebro y queda trunca.



Después de *El Misionero*, no podía detenerse el enorme alud que produce el pensamiento cuando rompe sus últimas ligaduras morales y se lanza por la pendiente infinita de la soledad en cuyo término encuéntrase la paz de la personalidad propia.

El Misionero es la confesión solemne y definitiva que dejan escapar las almas cuando mueren dentro de la norma social que ha sido por mucho tiempo envoltura y razón de ser, como esos gusanos que se transforman en mariposas, rompen y olvidan la trama sutil del capullo que les encerraba.

Dentro de la agitación de nuestros días, toda de actividad sonora y recia, no hemos tenido para ese poema las consideraciones que debíamos. Pasó como un accidente más, sin que nadie se detuviera á estudiarlo; y era, en verdad, digno de estudio ese grito de suprema desesperación que un hombre dejaba escapar desde la torre de su orgullo herido por el abadono, sintetizando los ensueños todos y las quimeras últimas de un espíritu en su trato con la sociedad.

Ya en aquel trance no podía detenerse, he dicho; no podía ni debía. Era imposible que el audaz pensamiento remontara la pendiente para volver á la mansedumbre de los días viejos. Confesado el secreto que era la razón de su existencia en medio de los hombres,

fracasado también en ese empeño de levantar y redimir una sola de las muchas almas errantes, el poeta, al salir de su abstracción de vidente, debía de recogerse dentro de sí mismo, mucho más triste y dolorido, por sentirse más solo y abandonado que nunca.

Toda acción requiere una recompensa, y el mismo creyente que en el delirio místico déjase caer á los piés de lo incognoscible para implorar una gracia, tiene la recompensa del espíritu pacificado, del alma tranquilizada; el hombre que en un arrebató de exaltación espiritual abre su pecho y muestra sus llagas á los que se las han hecho, cobra en ese gesto sublime de impudor, quizás el cariño, tal vez el consuelo de los mismos victimarios.

Almafuerte dióse, como suelen darse los apóstoles, por entero, totalmente, incalculadamente. Y como nadie respondiera á su lamentación dolorosa, y ni un gesto, ni una palabra, ni una acción, dijeran que el corazón pedernoso de la multitud criminal habíase conmovido, ó que de allá, de lo ignoto de lo indefinido, algo había bajado que colmara esa ansiedad nobilísima del poeta, éste continuó el descenso, corrió, hacia abajo, con una velocidad poderosa y al fin, libre de la esclavitud del amor al prójimo, libre del peso del temor á Dios, reposó en la llanura del Yo absoluto, donde el hombre libre domina en sí, por sí y para sí.

La colosal y eterna imprecación de Job no ha llegado á la altura de ese *Trémolo*, canto último, definitivo, donde la desesperación humana, de pié ante el gran misterio, dice las palabras de queja donde se transparenta el dolor del engaño.

No es el irónico sarcasmo del ateo, no es la blas-

femia del desesperado que en un momento de exaltación moral reniega la vieja fé y quema el viejo ídolo. Es la grave palabra del hombre fuerte, del hombre puro, que creyó, que crée, llevado á exteriorizar su dolor profundo con los argumentos irrefutables de la experiencia.

Todo el pecado del poeta es éste: vivir. Y como la razón soberana le ha dicho que la vida debe tender hacia un fin de belleza, de bondad, de perfección suprema, ¿cómo consentir que ella se desarrolle dentro de un estrecho límite de atavismos, cuando debiera imperar, único regulador, el Poder absoluto del que la creara?

Y ante este misterio inexplicable, que en los pechos sanamente sinceros provoca desfallecimientos mortales, el poeta contéplase aislado, solo, reducido á la desoladora impotencia de no poder contrarrestar un átomo de ese mal que Dios no quiere aunque permite.

Apesar de su fé, apesar de su creencia, comprende que lo inevitable se evitaría si él fuera Dios, si él tuviera ese poder incontrastable que se le asigna y en ese momento dice, como un eco del "Soy lo que ya no es" del *Misionero*: "Yo no puedo ser más de lo que soy".

Su dolor es más vibrante que el de la naturaleza entera cuando un gran sacudimiento la postra, porque,—dice así en una estrofa:

Yo he de ser el que cae, el que gravita;
Yo he de ser el Satán, el no feliz;
Yo he de ser el rosal que se marchita...
¡Porque te place á tí!

Ni acepta sus edenes, ni acepta ya su amor, porque vé en El más que una voluntad creadora: presíentelo una fuerza inconsciente, ciega, que ante el gran dolor de la vida por él mismo creada no tiene un sólo gesto compasivo.

La acusación vibra entonces. Acúsale de crueldad, de esa bárbara crueldad de la indiferencia con que mira la miseria humana, necesaria á su triunfo y á su gloria. El andrajo miserable rebulle, se agita y la voz del poeta musita su lamentación tristísima:

Pesa la cruz sobre Israel deicida;
Pesa la rebelión sobre Satán;
Pesa sobre Caín la primer vida...
¡Mi carga pesa más!

Buscan hasta los ángeles placeres;
Buscan las aves el espacio azul;
Buscan la libertad todos los seres...
¡Yo busco el ataúd!

Sueña con retoñar el triste leño;
Sueñan los pobres ciegos con qué vén;
Sueña la récua enorme... ¡yo no sueño!
¡Jamás retoñaré!

Piensen los mismos necios en la gloria;
Piensan los incurables en vivir;
Piensa en la perfección la vil escoria...
¡Yo me río de mí!

Todo ese dolor no proviene de una desesperación epidérmica, provocada, como la mayor parte de las imprecaciones espirituales del romanticismo, que tan fértil era en ello, de una exagerada difusión del sentimiento egotista que derramaba la personalidad propia sobre todo lo creado, ejerciendo de motor un hecho

nimio, buscando en lo universal una respuesta á hon-
das ó á fútiles preocupaciones propias. Almafuerte
procede á la inversa, resume, concreta, sintetiza en
su propio pecho lo universal; transfórmalo en algo ex-
clusivamente suyo, amoldándolo á su temperamento,
sintiendo latir junto á su corazón de hombre el multi-
forme é inconmensurable de toda la humanidad,

Por esto no solloza como un debil, ni implora como
un cobarde. Se yergue con toda la altanería de la jus-
ticia, y comprendiendo que todo esfuerzo es una con-
quista, que todo sacrificio supone un empeño digno
de ser recompensado, encárase con el alto Dios del
viejo ensueño teogónico y grita:

Me impusiste la cruz de un gran destino;
Me pusiste el afán del Más Allá;
Y pusiste la noche en mi camino...
¡No doy un paso más!

Aquí está mi pecado más funesto;
Aquí está de mis lacras la peor;
Aquí estoy ante Tí... ¡Ni un solo gesto!
¡Págame mi dolor!

No solloza, no gime, no blasfema. Quiere que el
esfuerzo no se pierda, que el sacrificio no se esterili-
ce, quiere que el dolor tenga una justa y natural
compensación.

El poeta, en su ardiente impulso generoso por la
gloria de ese mismo Dios—que es fé, bondad, civili-
zación, progreso, luz, amor, justicia—trabajó como un
bravo.

Todos te traicionaban, Iscariotes;
Todos te despreciaban, maniquí;
Todos, hasta tus propios sacerdotes
No creían en tí.

La gloria de Dios no tuvo mayor apóstol, luchó contra él para mejorar al hombre, y, al fin, reconociendo la inutilidad de la lucha, reconociendo la esterilidad absoluta del esfuerzo, pregúntale con el asombro del que ve caer al ídolo que mereció su cariño y su respeto:

¿Qué te cuesta evitar las amarguras?
 ¿Qué te cuesta radiar toda tu luz?
 ¿Qué te cuesta dotar á las criaturas
 De la misma salud?

¿Quién reduce tus fuerzas infinitas?
 ¿Quién te obliga á crear ni un pecho vil?
 ¿Quién te impone la ley de los jesuitas
 Para llenar tu fin?

¿Dónde está tu potencia soberana?
 ¿Dónde están tus ejércitos del Bien?
 ¿Y en dónde está la perfección humana
 Para tenerte fé?

Por esa perfección luchó el poeta durante una larga, enorme vida, y al fin cae, convencido de que la perfección no se ha realizado, de que Dios, ese Dios, resumen de ensueños y esperanzas, había fracasado en su promesa ideal, porque no tuvo la voluntad de la conciencia, no quiso ser como los hombres lo soñaban; no eran sus obras celestes como las esperanzas del hombre miserable. Grita entonces:

Yo te soñé la Madre y el Abuelo;
 Yo te soñé más pródigo que el sol;
 Yo te soñé mejor... ¡Véte á tu cielo!
 ¡No mereces ser Dios!

Y el poema termina repitiendo la formidable exigen-

cia, requiriendo el pago del dolor inútil, del dolor estéril, del dolor sin recompensa y sin satisfacción. "¡Págame mi dolor!"; y la voz del poeta sube á los cielos, no como una blasfemia, no como un sollozo, sino como una palabra sensata, sana, justa, como una cosa imprescindible y fatal.

Tiene Almafuerte en esa composición la serenidad majestuosa de los poetas bíblicos que dialogaban con el Jehovah de sus creencias; pero, tiene algo más: tiene el gesto soberbio de autoridad propia de que los ancestrales carecían; tiene el don magnífico de estar dentro de su tiempo, sin exajeración sectaria y sin menoscabo de las ideas científicas corrientes.

Encarándose con el viejo fantasma autoritario, Almafuerte libra el combate por su propia persona. Desde ese momento se desprende de todo lazo, rompe toda unión con el viejo preconcepto teogónico y queda, aislado, sólo, lejos de Dios como de los hombres, no en la contemplación búdica de su propio vientre, sino en la mágica soledad á que solo pueden llegar los grandes conquistadores del mundo desconocido del Yo, que cada hombre encierra en lo más recóndito de su ser.

Almafuerte en el *Tremolo* ha completado el ciclo de su evolución libertadora en pró del hombre. Con ese poema cierra la serie monumental de sus combates por la patria, por la humanidad, por el hombre y por el yo, yendo, de escalón en escalón, subiendo hacia la alta cumbre de la soledad perfecta, morada de los grandes solitarios, que suelen ser los grandes desengaños, es decir, los que por haber vivido mucho saben mucho y desprecian mucho.

Siempre más alto, siempre más lejos, el verbo poé-

tico de Almafuerite ha ido rompiendo grilletes, des-
trozando murallas, hasta encontrar el camino del in-
dividualismo más absoluto, donde, sin Dios y sin
Prójimo, podrá desarrollar sus facultades en la pleni-
tud colosal de su expansión.

El hombre, que debe recoger las enseñanzas de vi-
da, no de los dómines rancios, ni de los noveles so-
ciólogos, ya que en todo oficio hay la dura contin-
gencia de la materia, impidiendo la exteriorización
plena del pensamiento y de la voluntad, el hombre
debe de tener en cuenta el ejemplo de esos que co-
mo Almafuerite han trazado el único camino posible,
encaminando sus esfuerzos á la liberación de su pro-
pia persona.

Huya la humanidad del maestro que enseña porque
en eso está su vida y que predicando la libertad no
ha podido ser libre. Acepte, en cambio, el ejemplo
de esos que han vivido, y viviendo se han libertado,
y libertándose han dado la gran lección de los he-
chos irrefutables, sin otra compensación que la de su
propia conquista.



Después de *Trémolo* queda cerrado el ciclo enor-
me del genial pensamiento de este poeta, surjido pa-
ra probar, una vez más, la vitalidad de la raza en su
empeño de justicia y de bondad. *La sombra de la
Patria, La Inmortal, El Misionero y Trémolo*, se-
ñalan los cuatro puntos cardinales de ese vasto pano-
rama, dentro del cual la humanidad gira, doliente in-
consolable, en una vaga y mortal aspiración superior.

De ningún poeta, de ninguna raza ni de ninguna

lengua, puede citarse tan grande y exacta comprensión de la vida, moldeándola dentro de obra artística tan propia y tan humana á un mismo tiempo.

Es necesario recordar que el gráfico "escribirás con tu propia sangre, porque la sangre es espíritu", para definir la obra perdurable, que tuvo en su genial locura Federico Nietzsche, á nadie puede aplicarse tan exactamente como á Almafuerite. Siendo así, calcúlese la masa de emoción, la vida gastada en condensar esos cuatro aspectos de lo universal en cuatro obras de arte. Es necesario haber vivido muy intensamente y haber sufrido muy hondo todo el dolor de la tierra para haber llegado á completar ese ciclo, dando la vuelta completa, desde el patriotismo fraternal hasta el egotismo más absoluto, no á saltos bruscos, sino por medio de suaves y lógicas gradaciones, perfectamente combinadas, dentro de lo natural y de lo corriente.

El crítico que detenga sus miradas sobre Almafuerite y su obra, deberá considerar esos marcos miliarios como únicos capaces de señalar una etapa, de marcar una jornada y de indicar una nueva forma dentro de la perpétua modalidad idiosincrática.

Las otras obras, todo lo mucho que su ingenio ha producido, queda para el comentario, por grande, por maravilloso que sea, porque todo ello está dentro de esos cuatro aspectos básicos, por decirlo así, de su personalidad.

Así sus *Amorosas*, verdaderos relicarios de poesía pura, de lirismo excepcional, sin contaminación de ninguna especie con el sensualismo grosero y avasallador, pueden ser colocadas en la época primera, donde el sentimiento de patria debía de tener compen-

sación inmediata en el estallido de un ardiente corazón juvenil.

Así *Jesús, Olímpicas y Cristianas*, composiciones reveladoras de un corazón humanitario, rebosantes de amor al prójimo, y esa misma *Interrogante*, que valió un aplauso tan sincero cuanto espontáneo de Emilio Castelar, están dentro del mismo orden de ideas que produjo *La Inmortal*.

En *El Misionero* están las *Milongas clásicas*, y con *Tremolo*, los *Apóstrofes* y la *Cancion del hombre*, esta última en proyecto y aquellos en elaboración.

Dentro de esas cuatro formas del pensamiento, la musa de Almafuerte ha recorrido todas las manifestaciones de la poesía, obrando con igual intensidad.

Y fuera, muy lejos de todo, flotando por encima, como una prófuga de la estrechez del cuadro, tan ámplio á pesar de todo, como la esencia de un amor que nada ni nadie reducirá en lo más mínimo, debemos de colocar esa composición que ya debieran saberse de memoria todos los hombres, para recitarla siempre, como uno de esos bálsamos maravillosos de leyenda, cuyo era el poder de mitigar todo dolor y curar toda herida.

Quiero referirme al *Cantar de Cantares*.

No es la transcripción lírica moderna del cántico de Salomón, todo impregnado de un sensualismo primitivo. Es el canto solemne elevado á la mujer por una de esas voces graves que la pasión no enloquece y cuya ardencia toda se transforma en dulce respeto y glorificación excelsa.

Canta Almafuerte á la mujer en sus tres manifestaciones más dulces, más bellas: á la Hija, á la Novia y á la Madre, formando un himno de luz, una verda-

dera escala luminosa, por donde el espíritu asciende á una región más pura.

Cantar de cantares no tiene parangón con ninguna otra poesía, ni aún del mismo autor, debiendo ser considerada como la esencia extrema de su alma poética, sublimada por un gran amor y por un gran respeto. La invocación materna no está en ella como un elemento decorativo; la sombra de una madre, respetada con el gran cariño de un amoroso insaciado, flota sobre la cadencia suave de los hemistiquios musicales, llenando el corazón de una dulce paz que no dá la brava poesía tumultuosa del bíblico cantor de Sulamitis.

En *Cantar de cantares* rebosa el amor como de una copa llena de un licor que no embriagara. La visión glorificada en esa poesía es la Mujer, la respetada, la cariñosa, la suave compañera, cuyas manos

Valerosas y discretas y prolijas
 Son tisanas maternas de alelías
 Para todos los dolores,
 Triunfadoras del azúcar y las flores,
 De vendajes y brocados, de utensilios y rubies.

Ella es algo más que una mujer glorificada en un minuto de arrebató mental, y el poeta lo dice:

Como lámpara votiva
 Que llenase de fulgores el santuario
 De algún pálido Ecce-homo, tu gran alma;
 Sí, tu alma,
 De una heróica femenina fortaleza:
 Es la lámpara votiva del santuario
 Que fulgura dulcemente,
 Que derrama dulcemente, tiernamente,
 Sus bondades luminosas en la cruz de mí calvario.

Esta alma, esta gran alma, toda luz y bondad, fuerte y sana, es la que ha inspirado la obra toda del poeta. El viejo preconcepto de que en toda vida de hombre hay una mujer, guiando y encaminando las actividades físicas ó mentales, puede no ser verdad en este caso, ya que en Almafuerte todo su amor de hombre se ha diluido en un gran afecto humanitario por todo lo creado, debiendo ser en esa vida muy escasa la influencia de un alma femenina. Pero, de la influencia de esa alma, soñada ó vivida, no se puede dudar un solo instante.

Así la describe el poeta:

Florechitas de durazno
 Que la veste de las auras amontona
 Bajo el cielo de la tarde, tus carrillos;
 Tus carrillos
 De sedosos inefables terciopelos:
 Son las flores que un arcángel amontona
 Bajo el cielo de tus ojos,
 Por los valles de sonrisas y sonrojos
 Que divide tu severa naricita de matrona

Cicatrices de caricias,
 Cicatrices de dos besos fraternales
 De las almas de dos lirios, tus hoyuelos;
 Tus hoyuelos
 Inestables, intangibles, indelebles:
 Son las huellas de dos besos fraternales
 Que te dieron al venirte,
 Que te dieron al salir á despedirte
 Los dos ángeles más puros de los coros celestiales.

Como pétalos de rosa,
 Como pétalos de rosa purpurada,
 Purpurada como sangre, son tus labios;
 Esos labios

Que predicán candorosos evangelios:
 Son dos pétalos de rosa purpurada
 Que cayeron en la nieve;
 Son el borde que resuena, que se mueve,
 De aquel vaso de Sajonia de tu barba nacarada.

Blanco polvo sacarino
 Que decora rojos néctares de fresas,
 Tamarindos y granadas, son tus dientes;
 Bellos dientes
 Diminutos, apretados y brillantes:
 Son azúcar en la cratera de fresas
 De tu boca cuando ries,
 Son diamantes de Golconda que deslies
 En el bálsamo bendito de tus besos cuando besas.

Caracoles nacarados,
 Nacarados caracoles pequeñitos
 De la playa de los mares, tus orejas;
 Tus orejas,
 Yo no sé por qué rubor enrojecidas:
 Son dos bellos caracoles pequeñitos
 Que te llevan el augurio,
 Que le llevan á tu espíritu el murmurio
 De las cosas venideras, de los tiempos infinitos.

Minarete de alabastro,
 Torrecilla de alabastro cimbradora
 Cual pedúnculo vibrátil,—es tu cuello;
 Largo cuello,
 Como aquel de la Gioconda insuperable;
 Es la blanca columnita cimbradora
 Que se iergue y balancea,
 Que se iergue columpiando la presea
 De tus rizos, de tus ojos, de tu faz encantadora.

Como bloques de azucenas,
 Como bloques de azucenas de la aurora
 Tras la gasa de la niebla, son tus pechos;
 Sacros pechos

Por el ángel de tu guarda solo vistos:
 Son dos ramos de azucenas de la aurora
 Que pusieron las vestales,
 Que pusieron, bajo tules virginales,
 ·En el trono de Carrara de la Virgen mi Señora.

El verbo inspirador de *Cantar de cantares* anima todas las demás obras. Solo quien comprenda á la mujer en esa forma tan varonilmente delicada puede sentir un amor tan grande por la humanidad; solo quien posea ese hondo, ese profundo respeto por la mujer, puede ser tan fundamentalmente bueno.

Quizás despues de un detenido estudio en la vida de muchos poetas pudiéramos llegar á comprender algunas de sus innovaciones de estética y de moral, ratificando esta opinión de que el humanitarismo y la bondad de Almafuerte surjen, como penetrante perfume, de esa poesía donde el amor se demuestra en su más pura manifestación.

Cantar de cantares hace el efecto de un gran corazón exhalando afectuosidades. Como al través de purísimo cristal, se vé en esa composición la vida personal del poeta, que, una vez más, ahora y siempre, es necesario que se diga, es una vida de inextinguible humanitarismo y de bondad enorme.

Lo mismo sus poesías que sus producciones en prosa, todo lo que treinta años de labor mental han ido acumulando, no pasa de una exteriorización artística de ese afecto que constituye su vida.

Cuando la infamia ha cernido la negrura de sus alas sobre la frente pura del hombre, nadie ha tenido el valor de llevar en su defensa el argumento decisivo, poderoso; pero, en cambio, sus obras afirman de una manera irrefutable que no era falso aquel concepto su-

blime, dejado caer en uno de esos arranques de natural orgullo olimpico, que constituye el patrimonio de los genios:

Yo he nacido sin duda para ser madre.

Su bondad extrema le ha puesto cien veces al borde del abismo; pero, cien veces, ha vuelto al sendero fácil, como si para los hombres nobles los mismos abismos se llenaran, facilitando la marcha.

En *La Inmortal* no ha dejado de reconocer que su gran amor por todas las miserias podía constituir un obstáculo para la comprensión de su espíritu; pero este dió de inmediato recio contragolpe, afirmando:

Si hay un juez que las vidas escruta,
La gota de Cristo que tengo, me salva...

Sangre de Cristo, es decir, bondad, perfección moral, visión de la nobleza redentora, he aquí lo que constituye la esencia misma de esa vida que el olvido envuelve con su velo de sombras, porque, desgraciadamente, la incomprensibilidad ambiente no acertará á aceptar su ejemplo heroico sino cuando sus enseñanzas pueda recojer la historia.

No es ditirambo excesivo, no es ímpetu juvenil que ante el superior se rinde en homenaje exagerado; es la visión clara, meditada, racional de lo que es y de lo será: la obra de Almafuerte, colosal obra, los tiempos no morderán, porque se apoya en la bondad sincera y se afirma en la pureza de la abnegación. Nada de Tolstoi que siembra en el campo y cose zapatos en un tugurio, mientras de su situación de hombre rico viven los suyos con él. Nada de Isabel, la de Ruma-

nia, elevando un asilo de huérfanas, para que en medio de la miseria regimentada puedan fotografiarla, con sus pompas, los noticieros ávidos de sensiblerías. Nada de todos esos profetas, apóstoles y redentores, que predicán con la palabra, dejando el ejemplo de la acción para otros, más faltos de medios suaves de convicción. Almafuerte es el único que hace de la vida y la obra una sola cosa, el que vive la vida cristiana del impulso afectivo, el único hombre que tiene la heróica improvisación del altruismo.

Enorme soplo de bondad vivifica su obra; aliento vital de energía despierta nuevas ansias en quien lo lee sin conocerle; conmoción inmensa llena el espíritu de quien habiéndose aproximado á él sabe que en sus composiciones no hay literatura.

Tiene Almafuerte la gran cualidad, hoy olvidada, de la bondad. El amor que inspira al *Cantar de cantares* repercute en su obra toda dando la tonalidad del conjunto colosal, magnífica orquestación de ideas en las que estalla todo el gran dolor de lo vivo.

El amor es en él ansiedad de lo mejor, anhelo de perfección, ensueño moral, conquista de vida, todo lo que hace y deshace á la propia humanidad, dando forma al lodo sollozante caído de la mano de lo ignorado.

Para estudiar á Almafuerte, los críticos futuros, para comprender debidamente esa obra en apariencia desigual, aparentemente multiforme, deberán recurrir á los mil documentos de su vida, á las menudencias de la anédocta, á los detalles epistolares, de sus luchas por el bienestar de los demás, exponiendo á la carta de una necesidad agena toda su reputación y todo su porvenir, para que, comprendiendo debidamente su gran alma de amoroso genial, puedan llegar

á lo hondo de esa obra única, donde palpita como un corazón inmenso el mismo enorme corazón enfermo y delirante de nuestra época.



El “trágico laurel” de Almafuerte, arraigado en el corazón y floreciendo en el cerebro, dá una extraña muestra de ese pesimismo vital que es la idiosincrasia del gran poeta, volando siempre por las regiones de un futuro desconocido, huyendo la realidad de lo presente.

Pesimismo sugestivo ese que irrumpe en lamentaciones que son blasfemias y en apóstrofes que son gemidos! Para encontrar parangón á ese pesimismo —ya se deja dicho—, debiérase remontar el curso de la literatura, sin detenerse hasta los profetas bíblicos, entregados por entero á la concepción de los futuros destinos colectivos.

Habría que acudir á los poetas formidables de Israel para encontrar paralelo á ese pesimismo inquieto y batallador, que se apoya más firmemente en el suelo cuanto más alto pretende subir, tal un árbol que más hondo entierra sus raíces, cuanto más arriba su ramaje se extiende.

No es el pesimismo vulgar de los literatos á la moda, cuyo estado depresivo, por incapacidad de triunfar en las luchas de nuestra civilización, no es más que una prueba de debilidad. No es tampoco el pesimismo de los neo-budistas cuyo preconcebido afán de negar la vida les lleva al suicidio de todas las afectaciones morales, cayendo á veces en la plenitud de un cinismo desvergonzado. Es el pesimismo de todo lo que vive cuando se vuelve airado contra sí mismo,

debatándose ferozmente contra la prision de lo momentáneo y de lo relativo, anhelando lo definitivo, lo eterno, lo inmutable.

“El pesimismo es un desnivel entre el hombre y el medio ambiente y del hombre consigo mismo”, ha dicho Pompeyo Gener; pero, hay casos en que se hace condición de vida, pues si bien es verdad que el pesimismo tiene siempre por causa la conciencia de un dolor, este puede ser regresivo,—de decadencia y muerte en los casos anteriormente citados,—de ascención y vida en el caso de Almafuerte.

Los poetas de la Biblia, son, todos, pesimistas; pero su pesimismo dá alas al corazón vivificando al sentimiento, porque agitándose en el descontento de lo presente se mueven hacia lo porvenir, adivinado siempre más bello y más puro.

Así Almafuerte, lamentándose ó apostrofando, no se deja caer vencido y desalentado; tiene siempre más fuertes acentos, y su llanto no es el femenino y quejumbroso de Leopardi, sino el rudo y amenazador del hombre altivo, Anteo de la vida, cada una de cuyas derrotas vibra en el corazón como un empuje y un aliento.

Recluido el hombre débil dentro de su miserable humanidad no acierta á expresar su dolor sinó quejándose, para conquistar más tarde su derecho al descanso; el fuerte lo expresa combatiendo perennemente, animado por el deseo de que el dolor, exacerbado por la esperanza siempre pronta á desvanecerse, conviértase en arma centuplicando sus fuerzas.

El dolor es impulsión de vida en las almas nobles; cualquiera suprime el dolor deteniendo la marcha de la vida, porque el dolor es un accidente, des-

gaste de la rueda del alma siempre en movimiento.

Pero el hombre no es su propio fin. "Hay que superarse", dijo alguien. Ni la aurora ni la flor tienen su fin en ellas mismas; de aquella conocemos los colores que presagian al sol, de ésta el perfume. ¿Y del hombre? Si únicamente lo inanimado demuestra á primera vista su razón de ser, pruébase con ello que el fin de lo animado está en la causa de su animación: en el espíritu, en el sentimiento.

El hombre se mueve, pues, por el espíritu y cruza la vida tendiendo hacia algo superior. No acierta á explicar las condiciones particulares de esta cosa que adivina; pero, vá hacia ella, atraído inconscientemente, luchando contra todo lo que represente un obstáculo.

De ese pesimismo vital es el más genuino representante en nuestra época ese Almafuerte á veces delirante, sonoro como Hugo y atrevido como Junqueiro, cuyo desgarramiento espiritual espanta á quien lo conoce intimamente, tanta vida existe en sus versos, tanta verdad en su dolor.

La vana agitación de la blasfemia estéril no cabe en el pecho del hombre que vive y se siente vivir; en él la lamentación será también un vuelo hacia adelante y hacia arriba, en la desesperación de quien al sentirse herido, quizás mortalmente, quiere todavía llegar á su destino.

La potencia de voluntad de que hablaba el creador genial de Zaratrusta triunfa en ese pesimismo de Almafuerte cuando se lanza á investigar lo venidero, abordando los grandes problemas, para decir al hombre que todo lo existente es vano, que más allá existe otra cosa, "algo" que su racionalismo obliga á radicar

en el suelo común, forjándolo con nuestros hechos en el cotidiano afán de la vida.

El pesimismo de Almafuerite obliga á pensar; no conduce á la desesperación negativa del asceta retirado en su cueva, poniendo toda esperanza en la mano generosa de Dios. Almafuerite abre nuevos horizontes al pensamiento, comenzando por afirmar, garantizando la constante perfección de los sentimientos y obligando á vivir como pudiera hacerlo quien colocara á un hombre en medio de un campo de batalla, poniendo en su mano un arma y en su brazo un escudo.

Por esto sus poemas tienen esa vitalidad desconocida de los lamentadores de la civilización actual, que se arrojan en brazos de la desesperación para rehuir el encuentro. Almafuerite es una de esas fuerzas afirmativas que á veces destruyen, pero que siempre crean; que hieren para tener un punto doloroso donde golpear, exacerbando el dolor dormido; que amenazan de muerte para dar valor é importancia á la vida.

Almafuerite hace consistir su pesimismo en el dolor de no ser más, de no poder ser, ahora y siempre, más de lo que es, y de ahí proviene su gran fondo de vitalidad que tanto le diferencia de los pesimistas corrientes, cuyo abatimiento conduce á la muerte y á la nada.

Y esa manera de pensar, tan bellamente expresada en sus versos, repercute en su vida privada, pues Almafuerite pertenece á esa raza de pensadores que lo son por entero, prodigándose en la conversación y en la correspondencia, tanto como en sus obras.

“—Serás hombre perfecto,—dijo á uno de sus jóve-

nes amigos y discípulos, cierto día—cuando nunca estés satisfecho de tí mismo y de lo que te rodea. El estado perfecto del hombre es la ansiedad de lo que no tiene y el desprecio de lo que ha tenido. Los hombres son alas que vuelan, de un desequilibrio en otro desequilibrio, sin equilibrarse jamás.»

La incitación de Zaratrustra á superarnos, nunca resonó con más bellas palabras á oídos del hombre como en los versos de Almafuerte, cuyo pesimismo se hace una gran fuerza impulsora del deseo universal, pesimismo ídiosincrático, integrante de sí mismo, que no obedece á las influencias del momento, pasajeras y vanas, que hacen llorar hoy y reír mañana á nuestros poetas. En él es más hondo, y he aquí para probarlo fragmentos de una carta que hace treinta años, á los veintitrés de su edad, dirigía á un amigo íntimo, constituyendo un magnífico documento:

«Quién sabe, tal vez sea una blasfemia, pero yo creo que no existe Dios, ni religión, ni amor, ni amistad. Lo que á mi entender es la máquina del mundo, lo que le dá vida y movimiento es el egoísmo. Sin el egoísmo no se creería en Dios, porque los hombres no hubieran tenido necesidad de invocarlo para hacerse dueños de la naturaleza entera para esclavizar á su albedrío y sin remordimientos un mundo que dijeron había sido creado para ellos solos por ese Dios, de quienes eran los hijos predilectos. Sin el egoísmo no existiría el amor, porque el amor es la suprema expresión egoísta. Porque el hombre que quiere á una mujer y no es correspondido, se desespera y maldice. Porque el objeto de nuestros deseos, el bien que apetecemos para nosotros, visto en otro poder se nos presenta más bello, más hermoso, más incitante, y

por esto nos mata. Porque el hombre lo quiere todo para sí, porque el egoísmo es la fuente de todos nuestros males ó tal vez de nuestra felicidad."

El pesimismo que así se demuestra en pleno florecer de la juventud y que en el mismo elevado diapason mantiénese durante treinta años, no puede ser producto de una influencia externa y por lo tanto fácilmente modificable; viene de lo interior, de las raíces mismas de la vida y es la representación exacta de una manera de ser. Así se hace respetable, y así tiene derecho á permanecer, como síntesis é imagen de una vida que desfallece para revivir con mayor nobleza á semejanza del fabuloso fénix.



La influencia de Almafuerle en la literatura de Hispano América, puede juzgarse escasa, si se la considera por el número y valía de los discípulos que ha provocado, ya que ellos son en número escaso, mostrando todavía menor mérito en la estrechez del campo que á la imitación presenta esta tan especial manera de ser del autor de *Tremolo*.

Por el rápido estudio á que se ha procedido anteriormente, puédesse notar que la poesía proviene en Almafuerle de una gran emoción, vibrando en sentimientos de humanidad muy escasamente relacionados con la literatura.

La obra de Almafuerle es el comentario poético de una gran vida cristiana, motivo que hace muy difícil su continuación por la acostumbrada turba multa de discípulos, más fácilmente sugestionables por la aparatosidad de las brillanteces exteriores y superficiales,

por lo nuevo de un ritmo bien hallado, por la sonoridad de una rima de ocasión.

La esencia, la armazón espiritual de las poesías de Alfama, difícilmente podrán tener imitadores que las plagien, discípulos que las continúen, porque se apoyan en algo íntimo, propio, noblemente personal, imposible de imitar como se imitan las músicas galanas de Rubén Darío.

Ocasionalmente, ahora, al citar el tan celebrado poeta nicaragüense, hácese más fácil notar la supremacía del cantor que en *Milongas clásicas*, hace flamear, como un viejo pendón, la tan olvidada redondilla, objeto de menosprecio por los versificadores de hoy que la juzgan ciertamente demasiado fácil para sus conceptuosos pensamientos.

Rubén Darío, el polifonista de América, el artista de la rima y del ritmo, aparece á nuestros ojos más grande, más noble, más humano, cuando abandonando los encantamientos fáciles del oído, penetrando más hondo en el pecho, llegando al alma, nos hace oír sentimientos de humanidad que en él adivinábamos, más bien que veíamos, al través de su obra anterior.

Así, en *Cantos de vida y esperanza*, Darío nos aparece como un poeta preocupado con las grandes cuestiones que nunca han tenido respuesta. Ya no es el cantor de la princesa, la clorótica damisela del ensueño enfermizo; él mismo nos dice que “ya no hay princesa que cantar”, y se nos muestra abstraído en la investigación de las grandes causas. Esa transformación del autor de *Prosas profanas* no ha sido debidamente estudiada, y sus mismos discípulos—tantos y tan diversos—no se han llegado á dar cuenta exacta de toda su importancia. Todavía hoy se continúa al

Darío de los primeros tiempos, haciendo caso omiso de la honda transformación de su musa inspiradora.

Para nosotros, Rubén Darío, quizás bajo el golpe de emociones morales que la vida no evita á nadie, se ha aproximado al modo de ser de Almafuerte, cuando en la primera poesía de su último libro tiene expresiones como las siguientes y en las que nadie dejará de ver la influencia del pensamiento pesimista y humanitario del autor de *El Misionero*:

La torre de marfil tentó mi anhelo;
 Quise encerrarme dentro de mí mismo,
 Y tuve hambre de espacio y sed de cielo
 Desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja que la sal satura .
 En el jugo del mar, fué el dulce y tierno
 Corazón mío, henchido de amargura
 Por el mundo, la carne y el infierno.

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
 El bien supo elegir la 'mejor parte';
 Y si hubo áspera hiel en mi existencia
 Melificó toda acritud el Arte.....

Así canta el poeta de la marquesa Eulalia en esta su nueva, y suponemos definitiva, faz literaria. Poco á á poco en el corazón del poeta y en el cerebro del pensador se hace el crepúsculo, y al extinguirse el perfume de las rosas, óyese mejor el latido regular del corazón.....

Si Rubén Darío no ha encontrado discípulos en esta nueva modalidad de su actividad poética, detenidos todos ante la gloria de la rima y del ritmo que en su obra primitiva fulgura radiante ¿cómo puede tenerlos

Almafuerte, espíritu más cruel, más tiránico, más duro en eso de la gratuita enseñanza literaria?

Almafuerte ha puesto, siempre, en la menor de sus obras, todo su enorme corazón, y ese, que él crée y sabe primero é indispensable requisito, necesario para hacer que la obra literaria sea algo más que una vana simulación, ha exigido siempre de las almas incautas que sin conocerle han llegado á él, ilusas ó inexper-tas, llevando la ofrenda de una imitación más ó me-nos realizable.

No era posible tal absurdo; y no ha sido nunca po-sible, porque la imitación, la continuación de Alma-fuerte requiere algo más que la hábil combinación de frases y el escamoteo gramatical de ciertos términos, empleados frecuéntemente por el poeta. Era necesario que sus discípulos trajeran alma, corazón, espíritu y en tan grandes proporciones como el mismo maestro, exigencia imposible, fatal, que rendía al más osado y obligaba á la renuncia leal, por muy pocos efectuada, ó á la más fácil y acostumbrada deserción, la apostasía en la que se reniega del ídolo y del culto, para seguir la senda provechosa donde el apostolismo tiene teatralidades efectistas y vive de la exhibición de ciertas virtudes que así, inconscientemente, llegan á convertirse en vicios.

Por lo que de Rubén Darío ha quedado citado anterior-mente, puédesé afirmar, empero, que la obra de Almafuerte vá abriendo brecha en el mundo intelectual, pesando con todo el peso de su verdad y de su hu-manismo, hasta el día en que se imponga, por total asimilación de su evangélica virtud.

No es solamente Rubén Darío, el que pone punto á la musiquilla siglo diez y ocho para hacer oír el

acento rudo y masculino de nuestro tiempo. Una gran parte de la juventud, sin que por su espíritu haya pasado, tal vez, la idea de semejante hecho, ha ido encaminando sus pasos á la fuente en que bebe el pensamiento genial del que ha cantado á la chusma. Sentimientos de humanidad, afectos, cariños, delicadezas varoniles, todo eso que es, pasión y entusiasmo, todo ha provenido del manantial de Almafuerte, asimilado por cada uno de los que allí acudían, transformando á su vez, y sin darse cuenta, todo el gran caudal de emociones y sensaciones humanas que el poeta recoge directamente en su espíritu.

Por lo que la misma juventud literaria sur-americana ha dejado entrever,—y hablo de la más nueva generación, de esta que recién surge á la vida, preocupada con todas las preocupaciones del vivir contemporáneo,—es de esperar que las grandes fuentes de la musa de Almafuerte hallarán, cada día más, quienes vayan á ellas, en la imperiosa necesidad, cada vez más hondamente sentida por el mundo, de vivir en la sinceridad y en el afecto fraternal.

Escasa ayer, notable hoy, grande, absoluta, dominadora mañana, la influencia de Almafuerte se ha de hacer sentir cada día más en el arte y en el pensamiento de nuestra raza.

Almafuerte, como ese Nietzsche á quien he querido compararlo continuamente, carece de discípulos en el sentido estrecho y grosero de la palabra; pero, tiene amigos, y tendrá mañana comentadores, cuando los años hayan destruído su defecto, que fué también el del gran Federico: el de ser *prematuró*, el de haberse adelantado á su *tiempo*, el tiempo en que los hombres todos le comprendan y tengan sus palabras,

más que como expresiones de arte, como lo que son en realidad:—como enseñanzas, ejemplos y evangelios.



Dentro de la norma dibujada á grandes rasgos, muévase la personalidad airayente, original y sugestiva de Almafuerte, la individualidad más típica de cuantas ofrece la literatura de hoy, esencia de una época en la que el espíritu humano se agita con la ansiedad de lo desconocido, sintiendo pesar sobre su espalda el atavismo de todas las generaciones extinguidas.

Almafuerte ha llegado á reunir en su obra, por haberlo sentido su enorme corazón, toda la angustia del hombre en su empeño de justicia y de bondad.

El ansia regeneradora que á su espíritu grande dieron aquellos sus maestros de civismo, haciéndole pensar en la grandeza de una América tornada en patria de todos los hombres, le llevó á esa bondad vital, nunca extinguida, por más que su pecho soportara la carga inmensa de un pesimismo que ha sido á su vez el único don hecho á su espíritu por un mundo incapaz de aceptarle tal cual es.

Importa mucho proclamar la elevación de ese cerebro privilegiado, honra de nuestra lengua, para que en la sucesión de los tiempos pueda su nombre figurar junto á aquellos que, no siendo mayores por su mérito, han tenido la valiosa ayuda de una fácil admiración, recibiendo el homenaje de su tiempo para vivir y perdurar en los futuros.

Nuestra lengua no conoce mayor poeta, por más que el parche sea reciamente golpeado en favor de

otros nombres, más populares por una hábil combinación de ecos en la prensa y en el libro. Almafuerte es el poeta que hoy tiene el derecho de reivindicar el nombre de Maestro en la lengua castellana, sin soportar comparaciones odiosas con ninguno de nuestros días. "El poeta es una figura heroica", dice Carlyle, afirmando más lejos que poeta quiere decir profeta, ¿Dónde está el heroísmo de todos nuestros poetas de hoy, cantores de lo pequeño, vates de lo trivial?

Busquemos con todo el afán de la fé y á pesar de ello no encontraremos, quien, en lengua castellana, fuera de Almafuerte, pueda reivindicar el epíteto de Carlyle. Héroe y profetas no pueden serlo todos esos que encuentran en las musas auxiliares para toda tentativa de bienestar propio.

Héroe solamente podrá serlo quien haya combatido tenaz y bravamente con todas las fuerzas antagónicas desencadenadas por un mundo enemigo; profeta, quien haya encarado de lleno los grandes problemas universales, para tener el derecho de adivinar algo de lo que se halla en gestación en el vientre fecundo y misterioso de lo porvenir.

En la decadencia plena de la poesía castellana, muriendo por estrechez de horizontes, extinguiéndose en la descomposición de los ideales pequeños, Almafuerte se presenta como el único poeta cuyos propósitos van más allá de su personalidad, ultrapasando el espacio reducido en que suelen moverse los versificadores de hoy, gente de pequeña talla y de ambiciones tan reducidas cuanto efímeras.

La corona de laurel que el tiempo otorga, no se deshoja ni marchita en la frente de los grandes, cuan-

do ya ni señales quedan de aquellas opulentas rosas con que se adornaron los efímeros..... Laureles perdurables, laureles de hojas aguzadas como lanzas, vosotros vivís, triunfando sobre las rosas afeminadas del triunfo pequeño, que, con el caer de sus hojas, reloj de glorias que se esfuman, señalan vuestra perduración, vuestra permanencia sobre el alma cambiante de la humanidad.



El genio y lo normal

La perspectiva es indispensable en la vida como en el arte; los grandes hombres, magnas obras de la naturaleza, necesitan de la distancia. Ningún miope admira las obras primas de la estatuaria y de la pintura, como no admiran los pueblos al genio que ven de muy cerca, en el detallismo minucioso de la vida diaria. El Moisés de Miguel Angel, la Venus de Milo, todo lo bello y todo lo puro, estudiado al microscopio, no se diferencia en el pedazo caído bajo la lente investigadora, de cualquier piedra más ó menos pulida, ya represente la temblorosa mano pudibunda de la Venus de Médicis, ya sea una piedra desgastada por las aguas en el profundo lecho de un río. Los grandes hombres requieren de la distancia; para ellos nada de pequeñeces, nada de minucias, nada de medidas vulgares y comunes; lo infinito, lo inconmensurable, lo enorme, esto es su medida. El genio no es una palabra vana; y el hombre que se levanta á cien codos

sobre sus semejantes, dando cien veces más vida y viviendo cien veces cien cerebros, bien merece que la justicia tenga medidas casi divinas donde quepa el conjunto enorme de todo eso que es luz, esperanza, ideal, progreso, todo lo que se llama humanidad y se resume en la palabra genio. Lo igual engendra igualdad; así los hombres que viven por el estómago pueden y deben ser medidos por él; pero no se suman cantidades heterogéneas. Lo que no es igual está fuera de la ley común; un cerebro tiene derecho á ser contado como tal. ¿Protestan los estómagos? No por eso el cerebro deja de tener razón.



Mas, ¡ah! la ley de la perspectiva es una ley de crueldad! La estatua, rígida, serena, inmutable, se yergue sobre su pedestal y se deja admirar, desde lejos, nacida para la lejana contemplación visual! Pero el genio, ni rígido, ni sereno, ni inmutable; nervio, pero también pulpa; cerebro, pero también estómago; pensamiento, pero también vida; el genio, si apoya las plantas en el suelo, si hunde la cabeza en los astros, tiene su corazón al nivel de los hombres, vive de su vida afectiva, palpita con sus agitaciones, siente sus mismos anhelos. El genio vuela por lo infinito y se arrastra al ras del suelo. Viéndole de muy lejos, desde otros horizontes, como una elevadísima montaña que sólo dejara ver la blanca y serena cumbre, del genio se vé la coronación cerebral que es su obra. Desde cerca se ven las sinuosidades, las asperezas, las anfractuosidades, propias de todo lo enorme, de todo lo que sobresale de lo común. Por eso la humanidad ama á la distancia, otorgando el lauro de

los héroes, á los que ya no son; por eso los pueblos no aman á los genios que viven entre ellos. Aire, espacio, perspectiva, todo lo que sea lejanía y separación, tales son las condiciones exigidas por los pueblos. Lo cercano, lo próximo, lo visible, lo palpable, todo lo mide por la medida propia, lo rebaja á su nivel no pudiendo llegar á su altura, parando apenas en lo anormal del genio, pedestal formidable de enormes cerebraciones. Aunque todos sabemos que los altos edificios y los árboles altos midense por su sombra.



Lo genial es lo que vive la vida plena. Y la vida plena consiste en la universalidad del sentimiento y de la razón, asimilando todo el conjunto de lo natural y de lo humano. El genio es la intensificación de la vida en un solo cerebro. De ahí ese aire de crueldad, ese aspecto de fatalidad en marcha que adquieren los grandes hombres que verdaderamente lo son. A su rededor todo se agosta, y la misma caridad desprendida de sus manos tiene el aire de una injusticia; la amistad en ellos asume el génesis doloroso de una paternidad implacable, de una de esas paternidades espartanas que enseñan el estoicismo educando en el dolor. Los genios son fuerzas vivas de la naturaleza exteriorizando en armonía plástica, auditiva ó visual, lo que en el cosmo proviene de la vibración de millones de átomos. La obra del genio, deduciendo lógicamente, vale tanto y tanto cuesta como un terremoto ó una puesta de sol, como el fulgurar de una estrella ó el acabamiento de un mundo. Nada se produce, nada se crea sin la energía del movimiento; lo más pequeño

es una fuerza en acción y toda fuerza es dolor. Dolor en la vida por ser desgaste, dolor en la luz por ser consunción, dolor en el perfume por ser vitalidad que se pierde, dolor en todo lo creado, porque todo lo creado está en movimiento, transformándose, modificándose. Y el genio, que es resúmen, conjunción, asimilación, crisol donde todo se funde ¿no es también dolor vivo, dolor siempre exacerbado, llaga de sentimiento siempre abierta y en la cual todo lo creado golpea sus golpes?



No hay genio sin dolor, porque no se tiene el alma abierta á todos los vientos y á todas las ideas sin una gran comprensión asimilativa del dolor universal. El genio es maternidad creadora y maternidad quiere decir dolor. Los sufrimientos de la madre por la vida de un hijo, padécelos el genio repetidos millones de veces, por los millones de vidas de los millones de hombres que componen la humanidad. Todo su inmenso dolor proviene de la inmensidad de su cariño. En el dolor se hicieron los santos, en el dolor se hacen los héroes, porque sólo él puede dar la medida del amor. Y, como todo lo grande supone elevación, de ahí que el genio aparezca fuera de las leyes que hacen y mantienen el equilibrio de lo vulgar. ¿Desequilibrados? Si, como están en desequilibrio el Himalaya y el Aconcagua, midiéndolos por la ley de la llanura; no, si se les considera en su grandeza, en su estructura, en su anormalidad genial y sublime. Anormales, es decir fuera de lo consentido por la costumbre, lejos de lo reglamentado por el uso,—porque entienden en su criterio de alturas, que lo normal es lo bajo, lo

rastrero, lo miserable. Y esa comprensión no la perdona el pueblo que odia al exceso la contingencia del genio, sólo visto en la brusca exterioridad de todo lo grande: áspero á fuerza de dolor, duro á fuerza de golpes, sereno en la culminancia de su pensamiento, atronador y terrible en las faldas desoladas, como una montaña en perpétuo crecimiento por la acumulación de rocas en su base.



Así pasan los genios entre la multitud, ó, por decirlo mejor, así vive el genio entre la multitud que pasa. Feliz del peregrino que al pié de la montaña pavorosa, repleta de sonos que espantan, llena de la inmensidad de lo desconocido, sabe amarla por la visión hermosísima que desde lejos fulgura. Feliz del hombre que en la intimidad del genio sabe tener en cuenta la áspera anormalidad cotidiana, considerándola génesis productora de la feliz y grandiosa anormalidad eterna. En la intimidad del genio no puede haber la baja concepción de la vida que sería norma de conducta para estudiar al último de los miserables, al postrero de los relativos. Cada vida debe de ser medida y calculada en lo que es y en lo que vale. Es á fuerza de diferenciarse de lo pequeño que se llega á la gran diferenciación. Así, en el genio, digno se hace el hombre que vé en la anormalidad de lo mínimo la concepción de la anormalidad máxima; noble es el que, inclinándose á toda fatalidad, deja al genio vivir su vida, no el que desearía á Miguel Angel ó á Dante con el carácter y las costumbres de cualquier hombre vulgar, no perdonándoles su orgullo fiero, su temperamento irascible, su carácter solitario, su férrea

voluntad agresiva, su hosca concepción de la vida. Sólo es digno el hombre, sólo es noble el pueblo que sabe amar y comprender á los genios; pero no ya cuando muertos, no ya cuando la mano del Dante ha trazado la fatal sentencia:

« AQUI YAZGO YO, DANTE, EXTRAÑADO DE MIS
PATRIOS LARES»

El dibujo que ilustra este volúmen es reproducción de un apunte del natural, estudio para un retrato al óleo, ejecutado por el artista don Faustino Brughetti.

